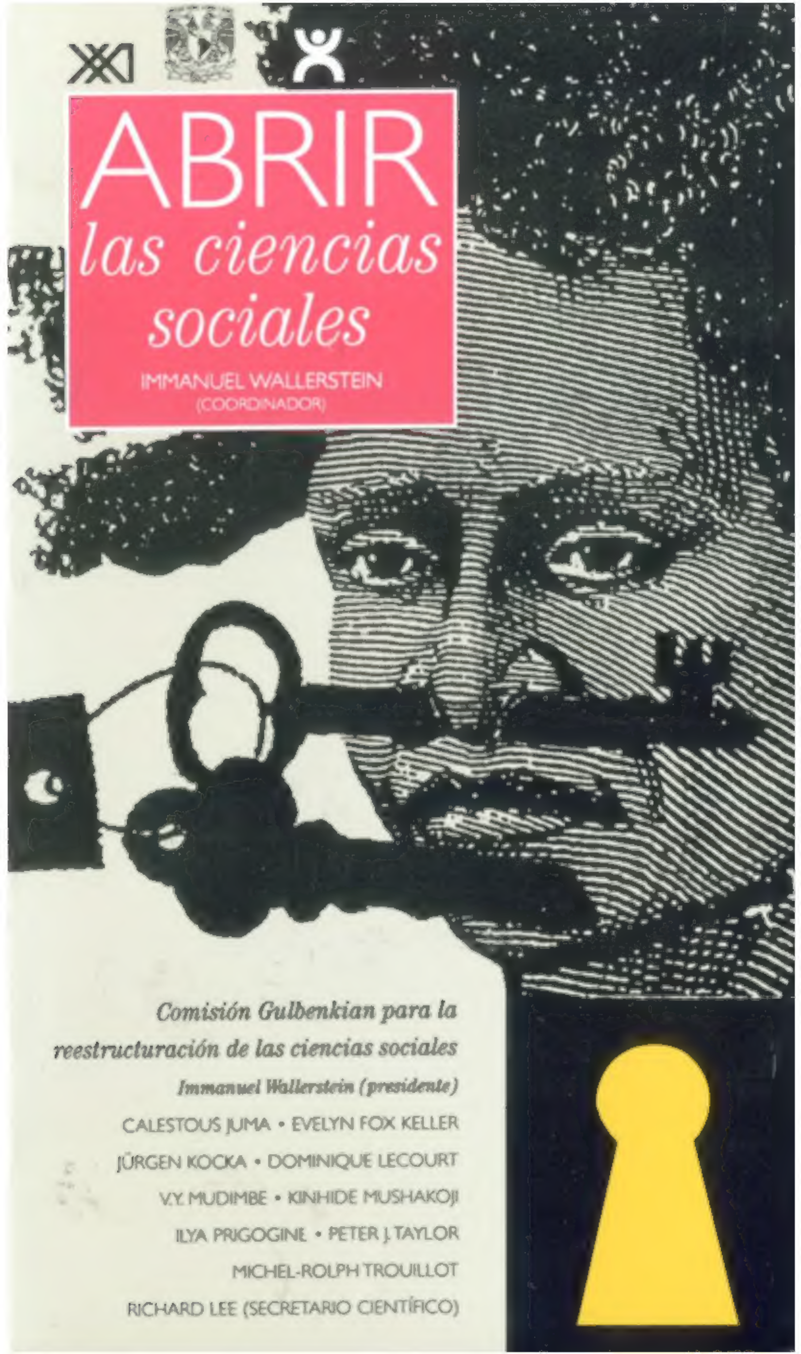

ABRIR
las ciencias
sociales
IMMANUEL WALLERSTEIN
(COORDINADOR)
Comisión Gulbenkian para la
reestructuración de las ciencias sociales
Immanuel Wallerstein (presidente)
CALESTOUS JUMA • EVELYN FOX KELLER
JÜRGEN KOCKA • DOMINIQUE LECOURT
V.Y. MUDIMBE • KINHIDE MUSHAKOJI
ILYA PRIGOGINE • PETER J. TAYLOR
MICHEL-ROLPH TROUILLOT
RICHARD LEE (SECRETARIO CIENTÍFICO)

el mundo del siglo xxi

COORDINADA POR
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

traducción de
STELLA MASTRÁNGELO

ABRIR LAS CIENCIAS SOCIALES

Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales

coordinado por
IMMANUEL WALLERSTEIN

Comisión Gulbenkian:
IMMANUEL WALLERSTEIN, presidente
CALESTOUS JUMA * EVELYN FOX KELLER
JÜRGEN KOCKA * DOMINIQUE LECOURT
VALENTIN Y. MUDIMBE
KINHIDE MUSHAKOJI * ILYA PRIGOGINE
PETER J. TAYLOR
MICHEL-ROLPH TROUILLOT
RICHARD LEE, secretario científico







siglo xxi editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.
TUCUMÁN 1621, 7° N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.
PRÍNCIPE DE VERGARA 78, 28006, MADRID, ESPAÑA

portada de germán montalvo

primera edición en español, 1996
novena edición en español, 2006

isbn 968-23-2012-7
en coedición con
el centro de investigaciones interdisciplinarias en
ciencias y humanidades, unam

"El mundo del siglo XXI" es una colección que se propone publicar algunas de las obras más significativas de los investigadores y pensadores contemporáneos de Asia, África, América Latina, Europa y Norteamérica.

A la necesidad de estudiar cualquier problema local, nacional o regional en el contexto de la globalización y de las redes internacionales y transnacionales cada vez más significativas en la evolución contemporánea, se añade un creciente movimiento intelectual que busca plantear los problemas mundiales y regionales desde las distintas perspectivas geográficas y culturales, en posiciones que no sean "eurocentristas" y que tampoco invoquen las especificidades de cada cultura y civilización para ignorar el carácter universal y plural del mundo.

La colección "El mundo del siglo XXI" buscará publicar estudios de los problemas más importantes de nuestro tiempo y su análisis en relación con la sociedad, la economía, la política y la cultura. Algunas obras pondrán más énfasis en ciertos campos de las especialidades disciplinarias, otras vincularán a varias disciplinas para el análisis de los distintos temas. La obra constituirá una selección muy útil para adelantarse en los problemas de nuestro tiempo y del futuro de la humanidad.

La colección procurará que en sus primeros cien libros se encuentren algunos de los mejores que hoy se publican en todo el mundo.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

ÍNDICE

PREFACIO

En la segunda mitad de la década de 1980, la Fundación Calouste Gulbenkian patrocinó lo que llegó a ser la primera y muy fructífera fase del proyecto "Portugal 2000", que generó un conjunto valioso de reflexiones sobre el marco y los principales puntos relacionados con la posible o probable trayectoria de la nación portuguesa en el amanecer del siglo XXI. Esos pensamientos e investigaciones han sido publicados en portugués en la serie "Portugal. Los próximos veinte años".

Mientras se desarrollaba esa iniciativa, la Fundación trató de apoyar las reflexiones y los trabajos sobre temas de índole global y problemas cuya consideración y solución eran consideradas esenciales para la búsqueda común de un futuro mejor para la sociedad. En ese contexto parecía apropiado examinar las ciencias sociales y el papel que desempeñan, tanto en términos de las relaciones entre las distintas disciplinas como en la relación de todas ellas con las humanidades y las ciencias sociales. De hecho, las grandes realizaciones intelectuales de los últimos treinta o cuarenta años que condujeron al moderno estudio de la vida y la ciencia de la complejidad, la reciente necesidad de "contextualización" de universalismos en relación con el diálogo cada vez mayor entre culturas, y el aumento de la educación universitaria desde fines de la década de 1950 fueron factores que tuvieron gran influencia en la práctica de los científicos sociales, lo que deja muy poco espacio para las preocupaciones de naturaleza estructural y organizacional.

Dicho de otro modo: la superación de la actual estructura de la disciplina ¿no debe ser considerada como un dilema central de las ciencias sociales en el estado actual de su evolución?

Fue por eso por lo que la Fundación Calouste Gulbenkian recibió con beneplácito la propuesta del profesor Immanuel Wallerstein, director del Fernand Braudel Center de la Universidad de Binghamton, para dirigir el esfuerzo intelectual de un grupo internacional de estudiosos sumamente distinguidos —seis de las ciencias sociales, dos de las ciencias naturales y dos de las humanidades— en una reflexión sobre el presente y el futuro de las ciencias sociales.

La Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales se creó en julio de 1993 con el profesor Wallerstein como presidente. Su composición refleja tanto la profundidad como la amplia perspectiva necesarias para alcanzar el análisis que se presenta en el texto que sigue.

Abrir las ciencias sociales es un libro serio, generoso y provocativo que presenta fielmente la atmósfera y la vivacidad de los trabajos de la Comisión Gulbenkian durante los dos años que siguieron a su creación. Se celebraron tres reuniones plenarias, la primera en la sede central en Lisboa en junio de 1994, la segunda en la Maison de Sciences de l'Homme en París en enero de 1995, y la tercera en el Fernand Braudel Center en Binghamton en abril de 1995.

El nivel intelectual de *Abrir las ciencias sociales* se debe principalmente a la capacidad de los eminentes individuos que formaron parte de la Comisión, pero el resultado final habría sido imposible sin el entusiasmo, la determinación y las cualidades de dirección de Immanuel Wallerstein, y también este hecho debe ser reconocido y agradecido aquí.

Fundación Calouste Gulbenkian

1. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES DESDE EL SIGLO XVIII HASTA 1945

> Pensar la vida como un problema inmenso, una ecuación o más bien una familia de ecuaciones parcialmente dependientes, parcialmente independientes, unas de otras .... entendiendo que esas ecuaciones son muy complejas y llenas de sorpresas, y que a menudo somos incapaces de descubrir sus "raíces".
>
> FERNAND BRAUDEL*

La idea de que podemos reflexionar de forma inteligente sobre la naturaleza de los seres humanos, sus relaciones entre ellos y con las fuerzas espirituales y las estructuras sociales que han creado, y dentro de las cuales viven, es por lo menos tan antigua como la historia registrada. Son los temas que se examinan en los textos religiosos recibidos y también en los textos que llamamos filosóficos, aparte de la sabiduría oral transmitida a través de las edades, que a menudo en algún momento llega a ser escrita. Sin duda, buena parte de esa sabiduría es resultado de una selección inductiva de la plenitud de la experiencia humana en una u otra parte del mundo en periodos larguísimos, aun cuando los resultados a menudo se presentan en forma de revelación o deducción racional de algunas verdades inherentes y eternas.

* Prefacio a Charles Morazé, *Les bourgeois conquérants*, París, Armand Colin, 1957.

Lo que hoy llamamos ciencia social es heredera de esa sabiduría, pero es una heredera distante, que a menudo no reconoce ni agradece, porque la ciencia social se definió conscientemente a sí misma como la búsqueda de verdades que fueran más allá de esa sabiduría recibida o deducida. La ciencia social es una empresa del mundo moderno; sus raíces se encuentran en el intento, plenamente desarrollado desde el siglo XVI y que es parte inseparable de la construcción de nuestro mundo moderno, por desarrollar un conocimiento secular sistemático sobre la realidad que tenga algún tipo de validación empírica. Esto fue lo que adoptó el nombre de *scientia*, que significaba simplemente conocimiento. Desde luego también la palabra filosofía, etimológicamente, significa conocimiento, o más bien amor al conocimiento.

La llamada visión clásica de la ciencia, que predomina desde hace varios siglos, fue constituida sobre dos premisas. Una era el modelo newtoniano en el cual hay una simetría entre el pasado y el futuro. Era una visión casi teológica: al igual que Dios, podemos alcanzar certezas, y por lo tanto no necesitamos distinguir entre el pasado y el futuro puesto que todo coexiste en un presente eterno. La segunda premisa fue el dualismo cartesiano, la suposición de que existe una distinción fundamental entre la naturaleza y los humanos, entre la materia y la mente, entre el mundo físico y el mundo social/espiritual. Cuando Thomas Hooke redactó, en 1663, los estatutos de la Royal Society, inscribió como su objetivo el de "perfeccionar el conocimiento de las cosas naturales y de todas las artes útiles, manufacturas, prácticas mecánicas, ingenios e invenciones por experimento", agregando la frase: "sin ocuparse de teología, metafísica, moral, política, gramática, retórica o ló-

gica."[1] Esos estatutos encarnaban ya la división de los modos de conocer, en lo que C. P. Snow después llamaría las "dos culturas".

La ciencia pasó a ser definida como la búsqueda de las leyes naturales universales que se mantenían en todo tiempo y espacio. Alexandre Koyré, siguiendo la transformación de los conceptos europeos del espacio desde el siglo XV hasta el XVIII observa:

> El Universo infinito de la nueva Cosmología, infinito en Duración así como en Extensión, en el que la materia eterna, de acuerdo con leyes eternas y necesarias, se mueve sin fin y sin objeto en el espacio eterno, heredó todos los atributos ontológicos de la divinidad. Pero sólo ésos; todos los demás se los llevó consigo la divinidad con su marcha.[2]

Los otros atributos del dios que se había ido eran, por supuesto, los valores morales de un mundo cristiano, como amor, humildad y caridad. Koyré no menciona aquí los valores que vinieron a ocupar su lugar, pero sabemos que el dios que se había ido no dejó tras de sí un vacío moral. Si los cielos se alejaron en forma casi ilimitada, lo mismo ocurrió con las ambiciones humanas. La palabra operativa pasó a ser progreso —dotada ahora del recién adquirido sentimiento de infinitud, y reforzada por las realizaciones materiales de la tecnología.

El "mundo" del que habla Koyré no es el globo terrestre sino el cosmos, en realidad se podría sostener que en ese mismo periodo la percepción del espacio terrestre en el mundo occidental estaba pa-

[1] Cit. en Sir Henry Lyons, *The Royal Society, 1660-1940*, Nueva York, Greenwood Press, 1968, p. 41.

[2] Alexandre Koyré, *Del mundo cerrado al universo infinito*, México, Siglo XXI, 1979, p. 256.

sando por una transformación en dirección contraria hacia la finitud. Para la mayoría de la gente sólo con los viajes de descubrimiento, que atravesaron el globo, la tierra llegó a cerrarse en su forma esférica. Es cierto que la circunferencia de esa esfera era mucho mayor que lo que imaginaba Colón, pero sin embargo era finita. Y además, con el uso y con el tiempo esos mismos viajes de descubrimiento establecieron las rutas comerciales y las subsecuentes divisiones del trabajo ampliadas, que acortarían constantemente las distancias sociales y temporales.

Sin embargo esa finitud de la tierra no era, por lo menos hasta hace muy poco, fuente de desánimo. El ideal y la visión de un progreso ilimitado extraía fuerza de la infinidad del tiempo y del espacio, pero la realización práctica del progreso en los asuntos humanos por medio del avance tecnológico dependía de la cognoscibilidad y explorabilidad del mundo, de la confianza en su finitud en ciertas dimensiones clave (especialmente su epistemología y geografía). De hecho en general se suponía que para lograr el progreso era necesario que nos libráramos completamente de todas las inhibiciones y de las limitaciones en nuestro papel de descubridores dispuestos a descubrir los secretos más íntimos y a utilizar los recursos de un mundo alcanzable. Hasta el siglo XX parecería que la finitud de la esfera terrestre había servido principalmente para facilitar las exploraciones y la explotación requeridas por el progreso, y para hacer prácticas y realizables las aspiraciones de Occidente al dominio. En el siglo XX, cuando las distancias terrestres llegaron a encogerse hasta un nivel que parecía constrictivo, las limitaciones fueron invocadas incluso como incentivo adicional para las exploraciones, siempre más hacia arriba y hacia afuera, necesarias para expandir aun más esa esfera de do-

minio. En suma, nuestra vivienda pasada y presente empezó a parecerse cada vez menos al hogar y cada vez más a una plataforma de lanzamiento, el lugar desde el cual nosotros, como hombres (y también unas pocas mujeres) de ciencia, podíamos lanzarnos al espacio, estableciendo una posición de dominio sobre una unidad cada vez más cósmica.

Progreso y descubrimiento podrían ser las palabras clave, pero hacen falta otros términos —ciencia, unidad, simplicidad, dominio e incluso "el universo"— para completar el lexicón. La ciencia natural, tal como se entendía en los siglos XVII y XVIII, derivaba principalmente del estudio de la mecánica celeste. Al principio los que intentaban establecer la legitimidad y prioridad de la búsqueda científica de las leyes de la naturaleza no hacían mayor distinción entre ciencia y filosofía. En la medida en que distinguían los dos dominios pensaban en ellos como aliados en la búsqueda de una verdad secular, pero a medida que el trabajo experimental y empírico pasó a ser cada vez más importante para la visión de la ciencia, la filosofía comenzó a aparecer para los científicos naturales cada vez más un mero sustituto de la teología, igualmente culpable de afirmaciones *a priori* de verdades imposibles de poner a prueba. Para el comienzo del siglo XIX la división del conocimiento en dos campos ya había perdido el sentimiento de que los dos eran esferas "separadas pero iguales", adquiriendo en cambio un sabor jerárquico, por lo menos a los ojos de los científicos naturales —conocimiento cierto (ciencia), distinto de un conocimiento que era imaginado e incluso imaginario (lo que no era ciencia). Finalmente, en el inicio del siglo XIX el triunfo de la ciencia fue consagrado por la lingüística: el término ciencia, sin adjetivo calificativo, pasó a ser identificado principalmente (y a menudo exclusivamente) con la ciencia

natural.[3] Ese hecho marcó la culminación de la ciencia natural de adquirir para sí una legitimidad socio-intelectual totalmente separada e incluso en oposición a otra forma de conocimiento llamada filosofía.

La ciencia, es decir la ciencia natural, estaba mucho más claramente definida que su alternativa, para la cual el mundo nunca se ha puesto de acuerdo en un nombre único. A veces llamada las artes, a veces las humanidades, a veces las letras o las bellas letras, a veces la filosofía y a veces incluso la cultura, o en alemán *Geisteswissenschaften*, la alternativa de la "ciencia" ha tenido un rostro y un énfasis variables, una falta de coherencia interna que no ayudó a sus practicantes a defender su caso ante las autoridades, especialmente debido a su aparente incapacidad de presentar resultados "prácticos". Porque había empezado a estar claro que la lucha epistemológica sobre qué era conocimiento legítimo ya no era solamente una lucha sobre quién controlaría el conocimiento sobre la naturaleza (para el siglo XVIII estaba claro que los científicos naturales habían ganado los derechos exclusivos sobre ese campo) sino sobre quién controlaría el conocimiento sobre el mundo humano.

La necesidad del estado moderno de un conocimiento más exacto sobre el cual basar sus decisiones había conducido al surgimiento de nuevas categorías de conocimiento desde el siglo XVIII, pero esas categorías todavía tenían definiciones y fronteras incier-

[3] Esto es claro tanto en inglés como en las lenguas romances. Es menos claro en alemán, donde el término *Wissenschaft* sigue siendo usado como término general para el conocimiento sistemático, y donde lo que en inglés se llama *"humanities"* [y en español, humanidades] se llama *Geisteswissenschaften*, que traducido literalmente significa conocimiento de temas espirituales o mentales.

tas. Los filósofos sociales empezaron a hablar de "física social", y los pensadores europeos comenzaron a reconocer la existencia de múltiples tipos de sistemas sociales en el mundo ("¿cómo se puede ser persa?") cuya variedad requería una explicación. Fue en ese contexto como la universidad (que en muchos sentidos había sido una institución moribunda desde el siglo XVI, como resultado de haber estado demasiado estrechamente unida a la iglesia antes de esa fecha) revivió a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX como principal sede institucional para la creación de conocimiento.

La universidad revivió y se transformó. La facultad de teología perdió importancia y en ocasiones desapareció completamente o fue sustituida por un mero departamento de estudios religiosos dentro de la facultad de filosofía. La facultad de medicina conservó su papel como centro de capacitación en un campo profesional específico, ahora enteramente definido como conocimiento científico aplicado. Fue principalmente dentro de la facultad de filosofía (y en mucho menor grado en la facultad de derecho) donde se construyeron las modernas estructuras del conocimiento. Era a esa facultad (que en muchas universidades se mantuvo estructuralmente unificada, aunque en otras se subdividió) que ingresaban los estudiantes tanto de las artes como de las ciencias naturales, y fue allí que construyeron sus múltiples estructuras disciplinarias autónomas.

La historia intelectual del siglo XIX está marcada principalmente por esa disciplinarización y profesionalización del conocimiento, es decir, por la creación de estructuras institucionales permanentes diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento como para reproducir a los productores de conocimiento. La creación de múltiples disciplinas se basaba en la creen-

cia de que la investigación sistemática requería una concentración hábil en las múltiples zonas separadas de la realidad, la cual había sido racionalmente dividida en distintos grupos de conocimientos. Esa división racional prometía ser eficaz, es decir intelectualmente productiva. Las ciencias naturales no habían esperado la resurrección de la universidad para establecer algún tipo de vida institucional autónoma, habían sido capaces de reaccionar antes porque tenían la capacidad de solicitar apoyo social y político con base en su promesa de producir resultados prácticos de utilidad inmediata. El ascenso de las academias reales en los siglos XVII y XVIII y la creación de las *grandes écoles* por Napoleón, reflejaban la disposición de los gobernantes para promover las ciencias sociales. Quizá los científicos naturales no tenían necesidad de las universidades para continuar con su trabajo.

Fueron más bien los que no eran científicos naturales —los historiadores, anticuarios, estudiosos de literaturas naturales—los que más hicieron por resucitar a las universidades durante el siglo XIX, utilizándolos como mecanismo para obtener apoyo del estado para sus trabajos eruditos. Ellos atrajeron a los filósofos naturales hacia las nacientes estructuras universitarias para beneficiarse del perfil positivo que éstas poseían, pero el resultado fue que desde entonces las universidades pasaron a ser la sede principal de la continua tensión entre las artes o humanidades y las ciencias, que ahora se definían como modos de conocimiento muy diferentes, y para algunos antagónicos.

En muchos países, y ciertamente en Gran Bretaña y en Francia, el trastorno cultural provocado por la Revolución francesa impuso cierta clarificación del debate. La presión por la transformación política y

social había adquirido una urgencia y una legitimidad que ya no resultaba fácil contener mediante la simple proclamación de teorías sobre un supuesto orden natural de la vida social. En cambio, muchos —sin duda con esperanzas de limitarlo— sostenían que la solución consistía más bien en organizar y racionalizar el cambio social que ahora parecía inevitable en un mundo en el que la soberanía del "pueblo" iba rápidamente convirtiéndose en la norma. Pero para organizar y racionalizar el cambio social primero era necesario estudiarlo y comprender las reglas que lo gobernaban. No sólo había espacio para lo que hemos llegado a llamar ciencia social, sino que había una profunda necesidad social de ella. Además, parecía coherente que si se intentaba organizar un nuevo orden social sobre una base estable, cuanto más exacta (o "positiva") fuese la ciencia tanto mejor sería lo demás. Esto era lo que tenían presente muchos de los que empezaron a echar las bases de la ciencia social moderna en la primera mitad del siglo XIX, especialmente en Gran Bretaña y en Francia, cuando se volvieron hacia la física newtoniana como modelo a seguir.

Otros, más interesados en volver a tejer la unidad social de los estados, que habían sufrido violentos trastornos sociales o estaban amenazados por ellos, se volvieron hacia la elaboración de relatos históricos nacionales con el objeto de dar un soporte a nuevas o potenciales soberanías, relatos que sin embargo ahora no eran tanto biografías de príncipes como de "pueblos". La reformulación de la "historia" como *geschichte* —lo que ocurrió, lo que ocurrió *en realidad*— debía darle credenciales impecables. La historia dejaría de ser una hagiografía para justificar a los monarcas y se convertiría en la verdadera historia del pasado explicando el presente y ofreciendo las bases

para una elección sabia del futuro. Ese tipo de historia (basada en la investigación empírica de archivos) se unió a las ciencias social y natural en el rechazo de la "especulación" y la "deducción" (prácticas calificadas de pura "filosofía"). Pero precisamente porque ese tipo de historia estaba interesada en las historias de los pueblos, cada una empíricamente diferente de la otra, veía con desconfianza e incluso con hostilidad los intentos de los exponentes de la nueva "ciencia social" de generalizar, es decir, de establecer leyes generales de la sociedad.

En el curso del siglo XIX las diversas disciplinas se abrieron como un abanico para cubrir toda una gama de posiciones epistemológicas. En un extremo se hallaba primero la matemática (actividad no empírica), y a su lado las ciencias naturales experimentales (a su vez en una especie de orden descendente de determinismo —física, química, biología). En el otro extremo estaban las humanidades (o artes y letras), que empezaban por la filosofía (simétrica de la matemática como actividad no empírica) y junto a ella el estudio de prácticas artísticas formales (literatura, pintura, escultura, musicología), y llegaban a menudo en su práctica muy cerca de la historia, una historia de las artes. Y entre las humanidades y las ciencias naturales así definidas quedaba el estudio de las realidades sociales con la historia (idiográfica) más cerca de las facultades de artes y letras, y a menudo parte de ellas, y la "ciencia social" (nomotética) más cerca de las ciencias naturales. A medida que la separación del conocimiento en dos esferas diferentes cada una con un énfasis epistemológico diferente, que se endurecía cada vez más, los estudiantes de las realidades sociales quedaron atrapados en el medio, y profundamente divididos en torno a esos problemas epistemológicos.

Todo esto, sin embargo, estaba ocurriendo en un contexto en el que la ciencia (newtoniana) había triunfado sobre la filosofía (especulativa), y por lo tanto había llegado a encarnar el prestigio social en el mundo del conocimiento. Esa división entre la ciencia y la filosofía había sido proclamada como un divorcio por Auguste Comte, aunque en realidad representaba principalmente el repudio de la metafísica aristotélica y no del interés filosófico en sí. Sin embargo, los problemas planteados parecían reales: ¿hay leyes deterministas que gobiernan el mundo?, ¿o hay un lugar y un papel para la invención y la investigación (humanas)? Además, los problemas intelectuales tenían presuntas implicaciones políticas. Políticamente el concepto de leyes deterministas parecía ser mucho más útil para los intentos de control tecnocrático de movimientos potencialmente anarquistas por el cambio, y políticamente la defensa de lo particular, lo no determinado y lo imaginativo parecía ser más útil, no sólo para los que se resistían al cambio tecnocrático en nombre de la conservación de las instituciones y tradiciones existentes, sino también para los que luchaban por posibilidades más espontáneas y radicales de introducir la acción humana en la esfera sociopolítica. En ese debate, que fue continuo pero desequilibrado, el resultado en el mundo del conocimiento fue que la ciencia (la física) fue colocada en todas partes en un pedestal y en muchos países fue relegada a un rincón aún más pequeño del sistema universitario. Eventualmente, en respuesta, algunos filósofos redefinieron sus actividades en formas más acordes con la ética científica (la filosofía analítica de los positivistas de Viena).

Se proclamó que la ciencia era el descubrimiento de la realidad objetiva utilizando un método que nos

permitía salir *fuera* de la mente, mientras se decía que los filósofos no hacían más que meditar y escribir sobre sus meditaciones. Esa visión de la ciencia y la filosofía fue afirmada con mucha claridad por Comte en la primera mitad del siglo XIX, cuando se propuso establecer las reglas que gobernarían el análisis del mundo social. Al revivir el término "física social", Comte expresaba claramente su interés político: quería salvar a Occidente de la "corrupción sistemática" que había llegado a ser "entronizada como instrumento indispensable del gobierno" debido a la "anarquía intelectual" manifiesta desde la Revolución francesa. En su opinión, el partido del orden se basaba en doctrinas superadas (católica y feudal), mientras que el partido del movimiento tomaba como base tesis puramente negativas y destructivas tomadas del protestantismo. Para Comte la física social permitiría la reconciliación del orden y el progreso al encomendar la solución de las cuestiones sociales a "un pequeño número de inteligencias de élite" con educación apropiada. De esa forma, la Revolución francesa "terminaría" gracias a la instalación de un nuevo poder espiritual. Así quedaba clara la base tecnocrática y la función social de la nueva física social.

En esa nueva estructura de conocimiento los filósofos pasarían a ser, en una fórmula célebre, los "especialistas en generalidades". Esto significaba que aplicarían la lógica de la mecánica celeste (que había llegado a la perfección en la versión de Laplace del prototipo newtoniano) al mundo social. La ciencia positiva se proponía representar la liberación total de la teología, la metafísica y todos los demás modos de "explicar" la realidad. "Entonces, nuestras investigaciones en todas las ramas del conocimiento, para ser positivas, deben limitarse al estudio de hechos reales

sin tratar de conocer sus causas primeras ni propósitos últimos."[4]

John Stuart Mill, contraparte inglesa y corresponsal de Comte, no habló de ciencia positiva sino de ciencia exacta, pero mantuvo igual el modelo de la mecánica celeste: "[La ciencia de la naturaleza humana] está lejos de alcanzar los estándares de exactitud que hoy se alcanzan en astronomía, pero no hay razón para que no pueda ser tan científica como el estudio de las mareas, o como lo era la astronomía cuando sus cálculos sólo habían alcanzado a dominar los fenómenos principales, pero no las perturbaciones."[5]

Pero si bien era claro que la base de las divisiones dentro de las ciencias sociales estaba cristalizando en la primera mitad del siglo XIX, la diversificación intelectual reflejada en la estructura disciplinaria de las ciencias sociales sólo fue formalmente reconocida en las principales universidades, en las formas en que las conocemos hoy, en el periodo comprendido entre 1850 y 1914. Es obvio que en el periodo comprendido entre 1500 y 1850 ya existía una literatura sobre muchos de los asuntos centrales tratados por lo que hoy llamamos ciencia social —el funcionamiento de las instituciones políticas, las políticas macroeconómicas de los estados, las reglas que gobiernan las relaciones entre los estados, la descripción de sistemas sociales no europeos. Todavía leemos a Maquiavelo y a Bodin, a Petty y a Grotius, a los fisiócratas franceses y a los maestros de la Ilustración escocesa

[4] Auguste Comte, *A discourse on the positive spirit*, Londres, William Reeves, 1903, p. 21.

[5] John Stuart Mill, *A system of logic ratiocinative and interactive*, vol. VIII, de *Collected works of John Stuart Mill*, Toronto, University of Toronto Press, 1974, vol. VI, cap. III, par. 2, p. 846.

igual que a los autores de la primera mitad del siglo XVIII, desde Malthus y Ricardo hasta Guizot y Tocqueville o Herder y Fichte. Incluso tenemos en ese periodo estudios tempranos de desviaciones sociales, como el caso de Beccaria. Sin embargo, todo esto aún no era del todo lo que hoy entendemos por ciencia social, y todavía ninguno de esos estudiosos consideraba que operaba dentro del marco de lo que más tarde serían consideradas como disciplinas separadas.

La creación de las múltiples disciplinas de ciencia social fue parte del intento general del siglo XIX de obtener e impulsar el conocimiento "objetivo" de la "realidad" con base en descubrimientos empíricos (lo contrario de la "especulación"). Se intentaba "aprender" la verdad, no inventarla o intuirla. El proceso de institucionalización de este tipo de actividad de conocimiento no fue simple ni directo. Ante todo, al principio, no estaba claro si esa actividad iba a ser una sola o debería dividirse más bien en varias disciplinas, como ocurrió después. Tampoco estaba claro cuál era el mejor camino hacia ese conocimiento, es decir qué tipo de epistemología sería más fructífera o incluso más legítima. Y lo menos claro de todo era si las ciencias sociales podían ser consideradas en algún sentido como una "tercera cultura", situada "entre la ciencia y la literatura" en la formulación posterior de Wolf Lepenies. En realidad, ninguna de esas preguntas ha tenido hasta ahora una respuesta definitiva. Todo lo que podemos hacer es observar las decisiones prácticas que se tomaron, o las posiciones mayoritarias que tendieron a prevalecer.

Lo primero que debemos observar es dónde se produjo esa institucionalización. La actividad en la ciencia social durante el siglo XIX tuvo lugar principalmente en cinco puntos: Gran Bretaña, Francia, las Alemanias, las Italias y Estados Unidos. La mayor

parte de los estudiosos y la mayor parte de las universidades (aunque por supuesto no todos) estaban en esos cinco lugares. Las universidades de otros países no tenían el prestigio internacional y el peso numérico de las situadas en esos cinco. Hasta hoy, la mayoría de las obras del siglo XIX que todavía leemos fueron escritas en uno de esos cinco países. La segunda cosa que debemos observar es que en el curso del siglo se propusieron un gran número y diversos conjuntos de nombres de "temas" o "disciplinas". Sin embargo, para la primera guerra mundial había una convergencia o consenso general en torno a unos pocos nombres específicos, y los demás candidatos habían sido más o menos abandonados. Esos nombres, que examinaremos a continuación, eran principalmente cinco: historia, economía, sociología, ciencia política y antropología. Como veremos, a esta lista podemos agregar las ciencias orientales (llamadas en inglés orientalismos), a pesar del hecho de que tímidamente el grupo no se consideraba a sí mismo como ciencia social. Más adelante explicaremos por qué no incluimos en esa lista la geografía, la psicología y el derecho.

La primera de las disciplinas de la ciencia social que alcanzó una existencia institucional autónoma real fue la historia. Es cierto que muchos historiadores rechazaron vigorosamente el nombre de ciencia social, y algunos lo rechazan aún hoy. Nosotros sin embargo consideramos las disputas entre los historiadores y las otras disciplinas de las ciencias sociales como disputas *dentro* de la ciencia social, como trataremos de mostrar claramente en el curso de este trabajo. La historia desde luego era una práctica muy antigua, como lo es el propio término. Los relatos del pasado, y en particular las descripciones del pasado del propio pueblo, del propio estado, eran una acti-

vidad familiar en el mundo del conocimiento y la hagiografía siempre había sido estimulada por quienes se encontraban en el poder. Lo que distinguía a la nueva "disciplina" de la historia que se desarrolló en el siglo XIX fue el énfasis riguroso que ponía en la búsqueda *wie es eigentlich gewesen ist* ("lo que ocurrió en realidad"), en la famosa frase de Ranke. ¿A diferencia de qué? Sobre todo a diferencia del relato de historias imaginadas o exageradas para halagar a los lectores o para servir a los propósitos inmediatos de los gobernantes o de cualquier otro grupo poderoso.

Es imposible pasar por alto hasta qué punto el lema de Ranke refleja los temas utilizados por las "ciencias" en su lucha con la "filosofía" —el énfasis en la existencia de un mundo real que es objetivo y cognoscible, el énfasis en la evidencia empírica, el énfasis en la neutralidad del estudioso. Además el historiador, al igual que el científico natural, no debía hallar sus datos en escritos anteriores (la biblioteca, lugar de la lectura) o en sus propios procesos de pensamiento (el estudio, lugar de la reflexión), sino más bien en un lugar donde se podían reunir, almacenar, controlar y manipular datos exteriores (el laboratorio/el archivo, lugares de la investigación).

Ese común rechazo de la filosofía especulativa acercó a la historia y la ciencia como modos de conocimiento "moderno" (es decir no medievales). Pero como los historiadores también rechazaban la filosofía, en cuanto implicaba búsqueda de esquemas generales que permitieran explicar datos empíricos, sintieron que la búsqueda de "leyes" científicas del mundo social los llevaría de vuelta al error. Esta doble significación del rechazo de la filosofía por los historiadores explica cómo sus obras pudieron no sólo reflejar el nuevo predominio de la supremacía de la ciencia en el pensamiento europeo sino también

anunciar y proponer vigorosamente una posición idiográfica y antiteórica. Es por esto por lo que durante todo el siglo XIX la mayoría de los historiadores insistió en que pertenecían a las facultades de letras y en general trataron de evitar cualquier identificación con la nueva categoría, las ciencias sociales, que lentamente se iba poniendo de moda.

Si bien es cierto que algunos de los historiadores de comienzos del siglo XIX empezaron, con alguna visión de una historia universal (último vínculo con la teología), la combinación de sus compromisos idiográficos con las presiones sociales provenientes de los estados, así como de la opinión pública educada, empujó a los historiadores a escribir principalmente sus propias historias nacionales, con una definición de nación más o menos circunscrita por un movimiento hacia atrás en el tiempo, del espacio ocupado en el presente por las fronteras estatales existentes o en construcción. En todo caso, el énfasis de los historiadores en el uso de archivos, basado en un profundo conocimiento contextual de la cultura, hizo que la investigación histórica pareciera ser más válida cuando cada quien la realizaba en su propia casa. Así fue como los historiadores, que no habían querido seguir trabajando en la justificación de los reyes, se encontraron dedicados a la justificación de las "naciones" y a menudo de sus nuevos soberanos, los "pueblos".

No hay duda de que eso era útil para los estados, aunque sólo fuera indirectamente, en términos de reforzar su cohesión social. No los ayudaba a decidir políticamente con sabiduría sobre el presente, y ciertamente no ofrecían mucha sabiduría sobre las modalidades del reformismo racional. Entre 1500 y 1800 los diversos estados ya se habían acostumbrado a dirigirse a especialistas, en general empleados públicos, para que los ayudaran a crear política, particu-

larmente en sus momentos mercantilistas. Esos especialistas ofrecían su conocimiento bajo diversos títulos, como jurisprudencia (término antiguo) y ley de las naciones (término nuevo), economía política (también un término nuevo, que casi literalmente significaba macroeconomía en el nivel de las entidades políticas), estadísticas (otro término nuevo, que inicialmente hacía referencia a datos cuantitativos sobre los estados), y *Kameralwissenschaften* (ciencias administrativas). La jurisprudencia ya se enseñaba en las facultades de derecho de las universidades, y las *Kameralwissenschaften* pasaron a ser tema de cursos en universidades germánicas en el siglo XVIII. Sin embargo, es sólo en el siglo XIX cuando empezamos a encontrar una disciplina llamada economía, a veces en la facultad de derecho pero a menudo en la facultad (a veces ex facultad) de filosofía. Y debido a las teorías económicas liberales prevalecientes en el siglo XIX la frase "economía política" (popular en el siglo XVIII) desaparece para la segunda mitad del siglo XIX para ser sustituida por "economía". Al eliminar el adjetivo "política", los economistas podían sostener que el comportamiento económico era el reflejo de una psicología individual universal, y no de instituciones socialmente construidas, argumento que a continuación podía utilizarse para afirmar la naturalidad de los principios de *laissez-faire*.

Las suposiciones universalizantes de la economía hicieron que su estudio se orientara fuertemente hacia el presente y en consecuencia la historia económica quedó relegada a un lugar secundario en los estudios de economía y la subdisciplina de la historia económica se desarrolló en gran parte a partir de los estudios de historia (y en parte se separó de ellos), más que de los de economía. El único intento importante en el siglo XIX por desarrollar una ciencia social

que no era ni nomotética ni idiográfica sino más bien una búsqueda de las reglas que rigen temas sociales históricamente específicos fue la construcción en la zona germánica de un campo llamado *Staatswissenschaften*. Ese campo cubría (en el lenguaje actual) una mezcla de historia económica, jurisprudencia, sociología y economía –insistiendo en la especificidad histórica de diferentes "estados" y sin hacer ninguna de las distinciones disciplinarias que estaban empezando a utilizarse en Gran Bretaña y en Francia. El propio nombre *Staatswissenschaften* ("ciencias del estado") indicaba que sus proponentes buscaban ocupar de alguna manera el mismo espacio intelectual que antes había cubierto la "economía política" en Gran Bretaña y en Francia, y por lo tanto la misma función de proporcionar conocimiento útil, por lo menos a largo plazo, para los estados. Esa invención disciplinaria floreció particularmente en la segunda mitad del siglo XIX pero por último sucumbió ante los ataques del exterior y los temores del interior. En la primera década del siglo XX la ciencia social alemana empezó a conformarse con las categorías disciplinarias en uso en Gran Bretaña y en Francia. Algunas de las figuras principales más jóvenes de la *Staatswissenschaften*, como Max Weber, tomaron la iniciativa de fundar la Sociedad Sociológica Alemana. Para la década de 1920 el término *Staatswissenschaften* había sido desplazado por *Sozialwissenschaften* ("ciencias sociales").

Al mismo tiempo que la economía iba convirtiéndose en una disciplina establecida en las universidades –orientada hacia el presente y nomotética– se estaba inventando una disciplina totalmente nueva, con un nombre inventado: sociología. Para su inventor, Comte, la sociología debía ser la reina de las ciencias, una ciencia social integrada y unificada que

era "positivista" –otro neologismo creado por Comte. Sin embargo en la práctica la sociología como disciplina se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, principalmente gracias a la institucionalización y transformación dentro de las universidades de la obra de asociaciones de reforma social cuyo plan de acción había tendido principalmente a encarar el descontento y el desorden de las muy crecidas poblaciones de trabajadores urbanos. Al trasladar su trabajo al ambiente universitario esos reformadores sociales estaban en gran parte abandonando su papel activo en la presión por legislación inmediata. No obstante la sociología siempre ha conservado su preocupación por la gente común y por las consecuencias sociales de la modernidad. En parte con el objeto de consumar la ruptura con sus orígenes –las organizaciones de reforma social–, los sociólogos empezaron a cultivar el impulso positivista que, combinado con su orientación hacia el presente, los llevó también hacia el campo nomotético.

La ciencia política surgió como disciplina aún más tarde, no porque su tema, el estado contemporáneo y su política, fuera menos propicio para el análisis nomotético, sino principalmente debido a la resistencia de las facultades de derecho a renunciar a su monopolio en ese campo. La resistencia de las facultades de derecho ante ese tema podría explicar la importancia atribuida por los científicos políticos al estudio de la filosofía política, a veces llamada teoría política, por lo menos hasta la llamada revolución conductista del periodo posterior a 1945. La filosofía política permitió a la nueva disciplina de la ciencia política afirmar su posesión de un patrimonio que se remontaba a los griegos, e incluía a autores que siempre habían tenido un lugar asegurado en los planes de estudio universitarios.

Pero la facultad política no era suficiente para justificar la creación de una nueva disciplina, después de todo podía haber seguido enseñándose en los departamentos de filosofía, como en realidad ocurrió. La ciencia política como disciplina separada respondía a un objetivo ulterior: el de legitimar a la economía como disciplina separada. La economía política había sido rechazada como tema con el argumento de que el estado y el mercado operaban y debían operar según lógicas distintas. Y ésta lógicamente requería, como garantía a largo plazo, el establecimiento de un estudio científico separado del espacio político.

El cuarteto de historia, economía, sociología y ciencia política, tal como llegaron a ser disciplinas universitarias en el siglo XIX (en realidad hasta 1945), no sólo se practicaba principalmente en los cinco países de su origen colectivo, sino que en gran parte se ocupaba de describir la realidad social de esos mismos cinco países. No es que las universidades de esos cinco países ignoraran por completo al resto del mundo, sino más bien que segregaban su estudio sobre el resto del mundo en otras disciplinas.

La creación del sistema mundial moderno implicó el encuentro de Europa con los pueblos del resto del mundo, y en la mayoría de los casos la conquista de éstos. En términos de las categorías de la experiencia europea, encontraban dos tipos más bien diferentes de pueblos y de estructuras sociales. Había pueblos que vivían en grupos relativamente pequeños, que no tenían archivos ni documentos escritos, que no parecían participar en un sistema religioso de gran alcance geográfico y que eran militarmente débiles en relación con la tecnología europea. Para describir a esos pueblos se utilizaban términos genéricos: en inglés generalmente se les llamaba "tribus"; en otras

lenguas podía llamárseles "razas" (aunque este término más tarde fue abandonado debido a la confusión con el otro uso del término "raza", con referencia a agrupamientos bastante grandes de seres humanos con base en el color de la piel y otros atributos biológicos). El estudio de esos pueblos pasó a ser el nuevo campo de una disciplina llamada antropología. Así como la sociología en gran parte había comenzado como actividad de grandes asociaciones de reformadores sociales fuera de las universidades, también la antropología se había iniciado en gran parte fuera de la universidad como práctica de exploradores, viajeros y funcionarios de los servicios coloniales de las potencias europeas; y, al igual que la sociología, fue posteriormente institucionalizada como disciplina universitaria, aunque esa disciplina estaba totalmente segregada de las otras ciencias sociales que estudiaban el mundo occidental.

Algunos de los primeros antropólogos se interesaron por la historia natural de la humanidad (y sus presuntas etapas de desarrollo), igual que los primeros historiadores se habían interesado por una historia universal, pero las presiones del mundo exterior impulsaron a los antropólogos a convertirse en etnógrafos de pueblos particulares, y en general escogieron sus pueblos entre los que podían encontrar en las colonias internas o externas de su propio país. Esto casi inevitablemente implicaba una metodología muy concreta, construida en torno al trabajo de campo (con lo que cumplían el requisito de investigación empírica de la ética científica) y observación participante en un área particular (cumpliendo el requisito de alcanzar un conocimiento en profundidad de la cultura necesaria para su comprensión, tan difícil de alcanzar en el caso de una cultura tan extraña para el científico).

La observación participante siempre amenazaba con violar el ideal de la neutralidad científica, al igual que la tentación siempre presente para el antropólogo (así como para los misioneros) de convertirse en mediador entre el pueblo estudiado y el mundo europeo conquistador, particularmente porque el antropólogo solía ser ciudadano de la potencia colonizadora del pueblo en estudio (por ejemplo los antropólogos británicos en África Oriental y del Sur, los antropólogos franceses en África Occidental, los antropólogos norteamericanos en Guam o los que estudian a los indios norteamericanos, los antropólogos italianos en Libia). Su vinculación con las estructuras de la universidad fue la más importante de las influencias que obligaron a los antropólogos a mantener la práctica de la etnografía dentro de las premisas normativas de la ciencia.

La búsqueda del estado prístino, "antes del contacto", de las culturas, también indujo a los etnólogos a creer que estaban estudiando "pueblos sin historia", en la penetrante formulación de Eric Wolf. Esto podría haberlos llevado hacia una posición nomotética y orientada hacia el presente, similar a la de los economistas, y después de 1945 la antropología estructural avanzó principalmente en esa dirección. Pero inicialmente la prioridad correspondió a las necesidades de justificar el estudio de la diferencia y de defender la legitimidad moral de no ser europeo. Y por lo tanto, siguiendo la misma lógica de los primeros historiadores, los antropólogos se resistieron a la demanda de formular leyes, practicando en su mayoría una epistemología idiográfica.

Sin embargo, no era posible clasificar a todos los pueblos no europeos como "tribus". Hacía mucho tiempo que los europeos tenían contacto con otras llamadas "altas civilizaciones", como el mundo árabe

musulmán y China. Los europeos consideraban esas zonas como civilizaciones "altas" principalmente porque tenían escritura, sistemas religiosos difundidos en grandes áreas geográficas y una organización política (por lo menos durante largos periodos) en forma de grandes imperios burocráticos. El estudio de esas sociedades por europeos se había iniciado con religiosos en la Edad Media. Entre los siglos XIII y XVIII esas "civilizaciones" resistieron militarmente la conquista europea lo suficiente como para merecer respeto, a veces incluso admiración, aunque seguramente, al mismo tiempo, provocaban perplejidad.

Sin embargo, en el siglo XIX, como resultado de nuevos avances tecnológicos de Europa, esas "civilizaciones" se convirtieron en colonias o, por lo menos, semicolonias europeas. Los estudios orientales, que habían nacido dentro de la Iglesia justificados como auxiliares de la evangelización, pasaron a ser una práctica más secular, y eventualmente hallaron un lugar en las estructuras disciplinarias en evolución de las universidades. En realidad, la institucionalización de los estudios orientales fue precedida por la de los estudios sobre el antiguo mundo mediterráneo, lo que en inglés se llama "the classics", el estudio de la Antigüedad de la propia Europa. Esto también era el estudio de una civilización diferente de la de la Europa moderna, pero no fue tratada del mismo modo que los estudios orientales, más bien fue considerada como la historia de los pueblos definidos como los antepasados de la Europa moderna, a diferencia del estudio, digamos, del Antiguo Egipto o de Mesopotamia. La civilización de la Antigüedad se explicaba como la fase temprana de un único proceso histórico continuo que culminaba en la civilización "occidental" moderna, y por lo tanto era visto como parte de una saga singular: primero, la Antigüedad;

después, las conquistas bárbaras y la continuidad asegurada por la Iglesia; luego, el Renacimiento, con la reincorporación de la herencia grecorromana y la creación del mundo moderno. En este sentido la Antigüedad no tenía historia autónoma sino que más bien constituía el prólogo de la modernidad. En contraste, pero siguiendo la misma lógica, las otras "civilizaciones" tampoco tenían historia autónoma: más bien eran el relato de historias que se habían congelado, que no habían progresado, que no habían culminado en la modernidad.

Los estudios clásicos eran principalmente estudios literarios, aunque evidentemente se superponían con el estudio histórico de Grecia y Roma. En el intento de crear una disciplina separada de la filosofía (y de la teología), los clasicistas definieron su campo como una combinación de literaturas de todo tipo (y no sólo del tipo que los filósofos reconocían), artes (y su nuevo agregado, la arqueología) y la historia que se podía hacer al modo de la nueva historia (que no era mucha, dada la escasez de fuentes primarias). Esa combinación hizo que los estudios clásicos quedaran, en la práctica, cerca de las disciplinas que estaban surgiendo al mismo tiempo, y que tenían como foco las literaturas nacionales de cada uno de los estados principales del occidente europeo.

Ese tono "humanístico" de los estudios clásicos preparó el camino para las muchas variedades de estudios orientales que empezaron a aparecer en los planes de estudio de las universidades. Sin embargo, debido a sus premisas, los estudiosos orientalistas adoptaron una práctica muy especial: como se suponía que esa historia no progresaba, el foco de interés no era la reconstrucción de las secuencias diacrónicas, como en la historia europea, sino la comprensión y apreciación del conjunto de valores y de prácticas

que habían creado civilizaciones que, a pesar de ser consideradas "altas", fueron concebidas para ser nada más que inmóviles. Se sostenía que la mejor manera de alcanzar esa comprensión era por medio de una minuciosa lectura de los textos que encarnaban su sabiduría, y eso requería una preparación lingüística y filológica muy similar a la desarrollada tradicionalmente por los monjes en el estudio de los textos cristianos. En este sentido los estudios orientales se resistieron totalmente a la modernidad, y por consiguiente, en su mayor parte, no quedaron atrapados en la ética científica. Aún más que los historiadores, los estudiosos orientalistas no veían ninguna virtud en la ciencia social, y rehusaban rigurosamente cualquier asociación con ese campo, prefiriendo considerarse parte de las "humanidades". Sin embargo, llenaban un espacio importante en las ciencias sociales, porque por mucho tiempo los estudiosos orientalistas fueron prácticamente los únicos universitarios dedicados al estudio de realidades sociales relacionadas con China, India o Persia. Desde luego que además había unos pocos científicos sociales que se interesaban por comparar civilizaciones orientales con civilizaciones occidentales (como Weber, Toynbee y, menos sistemáticamente, Marx). Pero esos estudiosos comparativistas, a diferencia de los orientalistas, no estaban interesados en las civilizaciones orientales por sí mismas, sino que más bien su principal interés intelectual era siempre explicar por qué era el mundo occidental y no esas otras civilizaciones el que había avanzado hacia la modernidad (o el capitalismo).

Es preciso decir además una palabra sobre tres campos que nunca llegaron a ser del todo componentes principales de las ciencias sociales: la geografía, la psicología y el derecho. La geografía, al igual que la

historia, era una práctica muy antigua. A fines del siglo XIX se reconstruyó como una disciplina nueva, principalmente en universidades alemanas, que inspiró su desarrollo en otras partes. Los intereses de la geografía eran esencialmente los de una ciencia social, pero se resistía a la categorización: intentaba acercarse a las ciencias naturales gracias a su interés por la geografía física y las humanidades dentro de su preocupación por lo que se llamaba geografía humana (haciendo un trabajo en algunos sentidos similar al de los antropólogos, aunque con énfasis en la influencia del ambiente). Además, antes de 1945 la geografía fue la única disciplina que intentó de manera consciente ser realmente mundial en su práctica, en términos de su objeto de estudio. Ésa fue su virtud y posiblemente su desgracia. A medida que, a fines del siglo XIX, el estudio de la realidad social se fue compartimentando cada vez más en disciplinas separadas, con una división clara del trabajo, la geografía empezó a parecer anacrónica en su tendencia generalista, sintetizadora y no analítica.

Probablemente como consecuencia de esto la geografía fue durante todo ese periodo una especie de pariente pobre, en términos de números y prestigio, funcionando a menudo meramente como una especie de agregado menor de la historia. En consecuencia, en las ciencias sociales hubo un relativo descuido del tratamiento del espacio y el lugar. El acento en el progreso y la política de organización del cambio social dio una importancia básica a la dimensión temporal de la existencia social, pero dejó la dimensión espacial en un limbo incierto. Si los procesos eran universales y deterministas, el espacio era teóricamente irrelevante. Si los procesos eran casi únicos e irrepetibles, el espacio pasaba a ser un mero elemento (y un elemento menor) de la especificidad. En

la primera visión, el espacio era visto como una mera plataforma —en la que se desarrollaban los acontecimientos u operaban los procesos— esencialmente inerte, algo que estaba ahí y nada más. En la segunda, el espacio pasaba a ser un contexto que influía en los acontecimientos (en la historia idiográfica, en las relaciones internacionales realistas, en los "efectos de vecindad", e incluso en los procesos de aglomeración marshallianos y externalidades). Pero esos efectos contextuales eran vistos en su mayoría como meras influencias —residuos que era preciso tener en cuenta para lograr mejores resultados empíricos, pero que no eran centrales para el análisis.

Sin embargo, en la práctica la ciencia social se basaba en una visión particular de la espacialidad, aunque no era declarada. El conjunto de estructuras espaciales por medio del cual se organizaban las vidas, según la premisa implícita de los científicos sociales, eran los territorios soberanos que colectivamente definían el mapa político del mundo. Casi todos los filósofos sociales daban por sentado que esas fronteras políticas determinaban los parámetros espaciales de otras interacciones clave —la sociedad de la ciencia, la economía nacional del macroeconomista, el cuerpo político del politólogo, la nación del historiador. Cada uno de ellos suponía una congruencia espacial fundamental entre los procesos políticos, sociales y económicos. En ese sentido la ciencia social era claramente una criatura, si es que no una creación, de los estados, y tomaba sus fronteras como contenedores sociales fundamentales.

La psicología es un caso diferente. También aquí la disciplina se separó de la facultad de filosofía tratando de reconstruirse a sí misma en la nueva forma científica. Sin embargo, su práctica terminó por definirse no tanto en el campo social sino princi-

palmente en el campo médico, lo que significaba que su legitimidad dependía de la estrechez de su asociación con las ciencias naturales. Además los positivistas, compartiendo la premisa de Comte ("el ojo no puede verse a sí mismo"), empujaron a la psicología en esa dirección. Para muchos la única psicología que podía aspirar a la legitimidad científica sería una psicología fisiológica, e incluso química. Así pues, esos psicólogos trataban de ir "más allá" de la ciencia social para llegar a una ciencia "biológica", y en consecuencia, en la mayoría de las universidades la psicología eventualmente se trasladó de las facultades de ciencias sociales a las de ciencias naturales.

Desde luego, había formas de teorización psicológica que ponían el énfasis en el análisis del individuo en la sociedad, y los llamados psicólogos sociales trataron efectivamente de permanecer en el campo de la ciencia social; pero en general la psicología no tuvo éxito en el establecimiento de su plena autonomía institucional y padeció, frente a la psicología social, el mismo tipo de marginalización que sufrió la historia económica frente a la economía. En muchos casos sobrevivió al ser absorbida como subdisciplina dentro de la sociología. También hubo varios tipos de psicología social que no fueron positivistas, por ejemplo la *geisteswissenschaftliche* (de Windelband) y la psicología *Gestalt*. La teorización más fuerte e influyente en psicología, la teoría freudiana, que pudo haber vuelto a esa disciplina hacia una autodefinición como una ciencia social, no lo hizo por dos razones. Ante todo, porque surgió de la práctica médica; y en segundo lugar, porque su cualidad inicialmente escandalosa la convirtió en una especie de actividad de parias, lo que llevó a que los psicoanalistas crearan estructuras de reproducción institucional totalmente fuera del sistema universitario. Es posible que eso

haya preservado al psicoanálisis como práctica y como escuela de pensamiento, pero también significó que dentro de la universidad los conceptos freudianos hallaran lugar principalmente en departamentos que no eran el de psicología.

Los estudios legales son el tercer campo que nunca llegó a ser del todo una ciencia social. Ante todo, ya existía la facultad de derecho, y su plan de estudios estaba estrechamente vinculado a su función principal de preparar abogados. Los científicos sociales nomotéticos veían la jurisprudencia con cierto escepticismo. Les parecía demasiado normativa y con demasiado poca raíz en la investigación empírica. Sus leyes no eran leyes científicas, su contexto parecía demasiado idiográfico. La ciencia política se apartó del análisis de esas leyes y su historia para analizar las reglas abstractas que gobernaban el comportamiento político, de las cuales sería posible derivar sistemas legales adecuadamente racionales.

Hay un último aspecto de la institucionalización de la ciencia social que es importante señalar. El proceso tuvo lugar en el momento en que Europa estaba finalmente confirmando su dominio sobre el resto del mundo. Y eso hizo que surgiera la pregunta obvia: ¿por qué esa pequeña parte del mundo había podido derrotar a todos sus rivales e imponer su voluntad a América, África y Asia? Era una gran pregunta y la mayoría de las respuestas no fueron propuestas en el nivel de los estados soberanos sino en el nivel de la comparación de "civilizaciones" (como ya lo habíamos advertido previamente). Lo que había demostrado su superioridad militar y productiva era Europa en cuanto civilización "occidental", y no Gran Bretaña o Francia o Alemania, cualquiera que fuese el tamaño de sus imperios respectivos. Ese interés por el modo en que Europa se expandió hasta

dominar el mundo coincidió con la transición intelectual darwiniana. La secularización del conocimiento promovida por la Ilustración fue confirmada por la teoría de la evolución, y las teorías darwinianas se extendieron mucho más allá de sus orígenes en la biología. Aun cuando la física newtoniana era el ejemplo predominante en la metodología de la ciencia social, la biología darwiniana tuvo una influencia muy grande en la teorización social por medio de la metaconstrucción aparentemente irresistible de la evolución, donde se ponía gran énfasis en el concepto de la supervivencia del más apto.

El concepto de la supervivencia del más apto fue sometido a mucho uso y abuso, y a menudo fue confundido con el concepto de éxito en la competencia. Una interpretación, más bien, amplia de la teoría de la evolución pudo ser utilizada para dar legitimación científica al supuesto de que la evidente superioridad de la sociedad europea de la época era la culminación del progreso: teorías del desarrollo social que llegaba a su culminación en la civilización industrial, interpretaciones *whig* de la historia, determinismo climatológico, sociología spenceriana. Sin embargo, esos primeros estudios comparados de civilizaciones no eran tan estadocéntricos como la ciencia social plenamente institucionalizada, y por eso fueron víctimas del impacto de las dos guerras mundiales, que en conjunto minaron parte del optimismo liberal sobre el que se habían construido las teorías progresistas de las civilizaciones. Por eso, en el siglo XX la historia, la antropología y la geografía terminaron por marginar completamente lo que quedaba de sus antiguas tradiciones universalizantes, y la trinidad estadocéntrica de sociología, economía y ciencia política consolidó sus posiciones como núcleo (nomotético) de las ciencias sociales.

Así, entre 1850 y 1945 una serie de disciplinas llegó a definirse como un campo del conocimiento al que se le dio el nombre de "ciencia social". Eso se hizo estableciendo, en las principales universidades, cátedras, en una primera instancia; luego departamentos que ofrecían cursos y finalmente títulos en esa disciplina. La institucionalización de la enseñanza fue acompañada por la institucionalización de la investigación —la creación de publicaciones especializadas en cada una de las disciplinas; la construcción de asociaciones de estudiosos según líneas disciplinarias (primero nacionales, después internacionales); la creación de colecciones y bibliotecas catalogadas por disciplinas.

Un elemento esencial en ese proceso de institucionalización de las disciplinas fue el esfuerzo de cada una de ellas por definir lo que la distinguía de las demás, especialmente lo que la diferenciaba de cada una de las que parecían estar más próximas en cuanto a contenido en el estudio de las realidades sociales. A partir de Ranke, Niebuhr y Droysen, los historiadores afirmaron su relación especial con un tipo especial de materiales, especialmente fuentes documentales y textos similares. Insistieron en que lo que les interesaba era reconstruir la realidad pasada, relacionándola con las necesidades culturales del presente en forma interpretativa y hermenéutica, insistiendo en estudiar los fenómenos, incluso los más complejos, como culturas o naciones enteras, como individualidades y como momentos (o partes) de contextos diacrónicos y sincrónicos.

Los antropólogos reconstruyeron los modos de organización social de pueblos muy diferentes de las formas occidentales. Demostraron que costumbres muy extrañas a los ojos occidentales no eran irracionales, sino que funcionaban para la preservación y

reproducción de poblaciones. Estudiosos orientalistas estudiaron, explicaron y tradujeron textos de "grandes" civilizaciones no occidentales y fueron muy instrumentales en la legitimación del concepto de "religiones mundiales", lo que fue una ruptura con las visiones cristocéntricas.

La mayoría de las ciencias sociales nomotéticas acentuaba ante todo lo que las diferenciaba de la disciplina histórica: su interés en llegar a leyes generales que supuestamente gobernaban el comportamiento humano, la disposición a percibir los fenómenos estudiables como casos (y no como individuos), la necesidad de segmentar la realidad humana para analizarla, la posibilidad y deseabilidad de métodos científicos estrictos (como la formulación de hipótesis, derivadas de la teoría, para ser probadas con los datos de la realidad por medio de procedimientos estrictos y en lo posible cuantitativos), la preferencia por los datos producidos sistemáticamente (por ejemplo, los datos de encuestas) y las observaciones controladas sobre textos recibidos y otros materiales residuales.

Una vez distinguida en esta forma la ciencia social de la historia idiográfica, los científicos sociales nomotéticos –economistas, científicos políticos y sociólogos– estaban ansiosos por delinear sus terrenos separados como esencialmente diferentes unos de otros (tanto en su objeto de estudio como en su metodología). Los economistas lo hacían insistiendo en la validez de un supuesto *ceteris paribus* para el estudio de las operaciones del mercado. Los científicos políticos lo hacían restringiendo su interés a las estructuras formales del gobierno. Los sociólogos lo hacían insistiendo en un terreno social emergente ignorado por los economistas y los científicos sociales.

Puede decirse que todo esto fue en gran parte una historia exitosa. El establecimiento de las estructuras

disciplinarias creó estructuras viables y productivas de investigación, análisis y enseñanza que dieron origen a la considerable literatura que hoy consideramos como el patrimonio de la ciencia social contemporánea. Para 1945 la panoplia de disciplinas que constituyen las ciencias sociales estaba básicamente institucionalizada en la mayoría de las universidades importantes del mundo entero. En los países fascistas y comunistas había habido resistencia (a menudo incluso rechazo) hacia esas clasificaciones, pero con el fin de la segunda guerra mundial las instituciones alemanas e italianas se alinearon plenamente con el patrón aceptado, los países del bloque soviético hicieron lo mismo a fines de la década de 1950. Además, para 1945 las ciencias sociales estaban claramente distinguidas, por un lado, las ciencias naturales que estudiaban sistemas no humanos y, por el otro, las humanidades que estudiaban la producción cultural, mental y espiritual de las sociedades humanas "civilizadas".

Sin embargo, en el mismo momento en que las estructuras institucionales de las ciencias sociales parecían estar por primera vez plenamente instaladas y claramente delineadas, después de la segunda guerra mundial, las prácticas de los científicos sociales empezaron a cambiar. Eso debía crear una brecha, que estaba destinada a crecer, entre las prácticas y las posiciones intelectuales de los científicos sociales, por un lado, y las organizaciones formales de las ciencias sociales, por el otro.

2. DEBATES EN LAS CIENCIAS SOCIALES, DE 1945 HASTA EL PRESENTE

> Las disciplinas constituyen un sistema de control en la producción de discurso, fijando sus límites por medio de la acción de una identidad que adopta la forma de una permanente reactivación de las reglas.
>
> MICHEL FOUCAULT*

Después de 1945, tres procesos afectaron profundamente la estructura de las ciencias sociales erigida en los cien años anteriores. El primero fue el cambio en la estructura política del mundo. Estados Unidos salió de la segunda guerra mundial con una fuerza económica abrumadora, en un mundo políticamente definido por dos realidades geopolíticas nuevas: la llamada guerra fría entre Estados Unidos y la URSS y la reafirmación histórica de los pueblos no europeos del mundo. El segundo se refiere al hecho de que en los 25 años subsiguientes a 1945, el mundo tuvo la mayor expansión de su población y su capacidad productiva jamás conocida, que incluyó una ampliación de la escala de todas las actividades humanas. El tercero fue la consiguiente expansión extraordinaria, tanto cuantitativa como geográfica, del sistema universitario en todo el mundo, lo que condujo a la multiplicación del número de científicos sociales profesionales. Cada una de estas tres realida-

* Michel Foucault, *The archaeology of knowledge and the discourse on language*, Nueva York, Pantheon, 1972, p. 224 [*La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970].

des sociales nuevas planteaba un problema para las ciencias sociales, tal como habían sido institucionalizadas históricamente.

La enorme fuerza de Estados Unidos, en comparación con todos los demás estados, afectó profundamente la definición de cuáles eran los problemas más urgentes a enfrentar, y cuáles los modos más adecuados para enfrentarlos. La abrumadora ventaja económica de Estados Unidos en los 15-25 años siguientes a la segunda guerra mundial significaba que, al menos por algún tiempo, la actividad científica social se desarrollaba principalmente en instituciones estadunidenses en una medida inusitada, y desde luego eso afectó el modo en que los científicos sociales definían sus prioridades. Por otra parte, la reafirmación política de los pueblos no europeos significaba el cuestionamiento de muchos supuestos de la ciencias sociales, en razón de que reflejaban las tendencias políticas de una era que ya había terminado, o que por lo menos estaba por terminar.

La expansión desenfrenada de los sistemas universitarios en el mundo entero tuvo una implicación organizacional muy concreta: creó una presión social por el aumento de la especialización debido simplemente al hecho de que los estudiosos buscaban nichos que pudieran definir su originalidad o por lo menos su utilidad social. El efecto más inmediato consistió en estimular las intrusiones recíprocas de científicos sociales en campos disciplinarios vecinos, ignorando en este proceso las varias legitimaciones que cada una de las ciencias sociales había erigido para justificar sus especificidades como reinos reservados. Y la expansión económica alimentó esa especialización proporcionando los recursos que la hicieron posible.

Hubo una segunda implicación organizacional. La expansión económica mundial implicó un salto cuan-

titativo en su escala, tanto para las maquinarias estatales y las empresas económicas, como para las organizaciones de investigación. Las principales potencias, estimuladas sobre todo por la guerra fría, empezaron a invertir en la gran ciencia y esa inversión se extendió a las ciencias sociales. El porcentaje asignado a las ciencias sociales era pequeño, pero las cifras absolutas eran muy elevadas en relación con todo lo que habían tenido a su disposición previamente. Esa inversión económica estimuló una cientificación ulterior y más completa de las ciencias sociales y su resultado fue el surgimiento de polos centralizados de desarrollo científico con concentración de información y de capacidad, y con recursos financieros proporcionados ante todo por Estados Unidos y otros grandes estados, por fundaciones (en su mayoría basadas en Estados Unidos), y también en menor medida por empresas transnacionales.

Donde quiera que la estructuración institucional de las ciencias sociales no era aún completa, estudiosos e instituciones estadunidenses la estimularon directa e indirectamente siguiendo el modelo establecido, con particular énfasis en las tendencias más nomotéticas dentro de las ciencias sociales. La enorme inversión pública y privada en investigación científica dio a esos polos de desarrollo científico una ventaja indiscutible sobre las orientaciones que parecían menos rigurosas y orientadas hacia la política. Así, la expansión económica reforzó la legitimación mundial en las ciencias sociales de los paradigmas científicos subyacentes a las realizaciones tecnológicas que lo respaldaban. Sin embargo, el fin del dominio político de Occidente sobre el resto del mundo significaba al mismo tiempo el ingreso de voces nuevas al escenario, no sólo de la política sino de la ciencia social.

Examinaremos las consecuencias de esos cambios en el mundo en relación con tres aspectos sucesivos: 1] la validez de las distinciones entre las ciencias sociales; 2] el grado en que el patrimonio heredado es parroquial; 3] la utilidad y realidad de la distinción entre las "dos culturas".

1. *La validez de las distinciones entre las ciencias sociales*

A fines del siglo XIX había tres líneas divisorias claras en el sistema de disciplinas erigido para estructurar las ciencias sociales. La línea entre el estudio del mundo moderno/civilizado (historia *más* las tres ciencias sociales nomotéticas) y el estudio del mundo no moderno (antropología *más* estudios orientales); dentro del estudio del mundo moderno, la línea entre el pasado (historia) y el presente (las ciencias sociales nomotéticas); dentro de las ciencias sociales nomotéticas, las muy marcadas líneas entre el estudio del mercado (economía), el estado (ciencia política) y la sociedad civil (sociología). En el mundo posterior a 1945 todas esas líneas divisorias fueron cuestionadas.

Probablemente la más notable innovación académica después de 1945 fue la creación de los *estudios de área* como nueva categoría institucional para agrupar el trabajo intelectual. El concepto apareció por primera vez en Estados Unidos durante la segunda guerra mundial; fue ampliamente utilizado en Estados Unidos en los diez años siguientes al fin de la guerra y a continuación se extendió a universidades de otras partes del mundo. La idea básica de los estudios de área era muy sencilla: un área era una zona geográfica grande que supuestamente tenía alguna coherencia cultural, histórica y frecuentemente lingüística. La lista que se fue formando era suma-

mente heterodoxa: la URSS, China (o Asia Oriental), América Latina, el Medio Oriente, África, Asia Meridional, Asia Sudoriental, Europa Central y Centrooriental y, mucho más tarde, también Europa Occidental. En algunos países Estados Unidos (o América del Norte) pasó a ser igualmente objeto de estudios de área. Por supuesto que no todas las universidades adoptaron exactamente estas categorías geográficas. Hubo muchas variaciones.

Los estudios de área fueron entendidos como un campo tanto de estudios como de enseñanza en el que podía reunirse gran cantidad de personas —principalmente de las diversas ciencias sociales, pero a menudo también de las humanidades y ocasionalmente incluso de algunas ciencias naturales— con base en un interés común de trabajar en sus respectivas disciplinas en torno al "área" determinada, o en parte de ella. Los estudios de área eran por definición "multidisciplinarios". Las motivaciones políticas subyacentes en sus orígenes eran totalmente explícitas. Estados Unidos, debido a su papel político de dimensión mundial, necesitaba conocer y por lo tanto tener especialistas acerca de las realidades actuales de esas regiones, especialmente en el momento en que esas regiones tenían cada vez más actividad política. Los programas de estudios de área fueron diseñados para preparar especialistas de ese tipo igual que subsiguientes programas paralelos, primero en URSS y Europa Occidental y después en muchas otras partes del mundo (por ejemplo Japón, India, Australia y varios países latinoamericanos).

Los estudios de área reunían en una estructura (por lo menos durante una parte de su vida intelectual) a personas cuyas afiliaciones disciplinarias cortaban transversalmente las tres líneas divisorias que mencionamos antes. Los historiadores y los científi-

cos sociales nomotéticos se encontraban frente a frente con antropólogos y estudiosos orientalistas; los historiadores se enfrentaban a los científicos sociales nomotéticos y cada tipo de científico social nomotético se enfrentaba con todos los demás. Además había ocasionalmente algunos geógrafos, historiadores del arte, estudiosos de literaturas nacionales, epidemiologistas y hasta geólogos. Esas personas se unían para crear planes de estudio, eran miembros de los comités de doctorado de los demás estudiantes, asistían a las conferencias de los especialistas en algún área, leían los libros de los demás y publicaban en nuevas publicaciones transdisciplinarias especializadas en las distintas áreas.

Cualquiera que haya sido el valor intelectual de esta fertilización cruzada, las consecuencias organizacionales que tuvo para las ciencias sociales fueron enormes. Aunque los estudios de área se presentaban en el aspecto restringido de la multidisciplinariedad (concepto que ya se había discutido en el periodo de entreguerra), su práctica ponía de manifiesto el hecho de que había una dosis considerable de artificialidad en las nítidas separaciones institucionales del conocimiento de las ciencias sociales. Los historiadores y los científicos sociales nomotéticos emprendieron por primera vez (por lo menos en cantidad considerable) el estudio de áreas no occidentales. Esa intrusión en el mundo no occidental de disciplinas antes orientadas hacia el estudio del mundo occidental minó la lógica de los argumentos antes utilizados para justificar la separación de campos llamados etnografía y estudios orientales. Parecía implicar que los métodos y los modelos de la historia y de la ciencias sociales nomotéticas podían ser aplicados tanto a regiones no occidentales como a Europa/Norteamérica. En los siguientes veinte años los antro-

pólogos empezaron a renunciar a la etnografía como actividad definitoria y buscaron otras alternativas para su campo. Los orientalistas fueron más allá y abandonaron hasta el nombre, fundiéndose en diversos departamentos de historia, filosofía, estudios clásicos y religión, así como en los recién creados departamentos de estudios culturales regionales, que cubrían tanto la producción cultural contemporánea como los textos que los orientalistas estudiaban tradicionalmente.

Los estudios de área afectaron también la estructura de los departamentos de historia y las tres ciencias sociales nomotéticas. Para la década de 1960 un número considerable de docentes de esos departamentos ya se había comprometido a realizar su trabajo empírico en torno a áreas no occidentales del mundo. Ese porcentaje era mayor en historia y menor en economía, con la ciencia política y la sociología entre ambos extremos. Eso significaba que las discusiones internas dentro de esas disciplinas inevitablemente fueron afectadas por el hecho de que los datos que se discutían, los cursos que los estudiantes debían tomar y los objetos de investigación legítimos se habían ampliado enormemente en términos geográficos. Si sumamos a esa expansión geográfica del objeto de estudio la expansión geográfica de las fuentes de reclutamiento de los estudiosos, se puede decir que la situación social dentro de las instituciones de conocimiento sufrió una evolución significativa en el periodo posterior a 1945.

La desintegración de la segregación intelectual entre el estudio de Occidente y las áreas no occidentales planteó una cuestión intelectual fundamental, con algunas connotaciones políticas muy importantes. Ontológicamente ¿las dos zonas eran idénticas o eran diferentes? La suposición antes predominante

establecía que eran suficientemente diferentes como para requerir disciplinas de ciencias sociales diferentes para su estudio. ¿Debíamos ahora suponer lo contrario, que no había diferencia de ningún tipo que justificara una forma especial de análisis para el mundo no occidental? Los científicos sociales nomotéticos discutían si las generalizaciones (leyes) que ellos habían ido estableciendo eran igualmente aplicables al estudio de las áreas no occidentales. Para historiadores más idiográficos, el debate se planteaba en forma de una pregunta que se formulaba muy seriamente: ¿tiene historia África?, ¿o sólo las "naciones históricas" tienen historia?

La respuesta intelectual a esas preguntas fue esencialmente un compromiso incierto, y podría resumirse argumentando que analíticamente las áreas no occidentales eran iguales a las áreas occidentales, ¡pero no del todo! La principal forma que el argumento adoptó fue la teoría de la modernización, que por supuesto se basó en muchas discusiones y premisas (explícitas e implícitas) de la literatura anterior de las ciencias sociales, pero en definitiva la literatura de la modernización adoptó una forma particular y, como literatura de la modernización, pasó a ser muy importante en la teorización de la ciencia social. La tesis fundamental era la de que existe un camino modernizante común para todas las naciones/pueblos/áreas (es decir que son todos lo mismo) pero las naciones/pueblos/áreas se encuentran en etapas diferentes de ese camino (por lo tanto no son del todo iguales). En términos de política pública eso se tradujo en una preocupación a escala mundial por el "desarrollo", término definido como el proceso por el cual un país avanza por el camino universal de la modernización. Desde el punto de vista organizacional, la preocupación por la modernización/de-

sarrollo tendió a agrupar a las múltiples ciencias sociales en proyectos comunes y en una posición común frente a las autoridades públicas. El compromiso político de los estados con el desarrollo pasó a ser una de las grandes justificaciones para invertir fondos públicos en la investigación de las ciencias sociales.

La modernización/desarrollo tenía la característica de que ese modelo se podía aplicar también a las zonas occidentales, interpretando el desarrollo histórico del mundo occidental como la progresiva y precoz realización de la modernización. Eso proporcionó a los científicos sociales nomotéticos, antes orientados hacia el presente, una base para empezar a hallar una justificación para utilizar datos que no eran contemporáneos, a pesar de que esos datos eran más incompletos; y al mismo tiempo los historiadores empezaban a preguntarse si algunas de las generalizaciones propuestas por los científicos sociales nomotéticos no podrían ayudar a elucidar su comprensión (e incluso su comprensión hermenéutica) del pasado. El intento de cerrar la brecha entre la historia idiográfica y la ciencia social nomotética no se inició en 1945, sino que tiene una trayectoria anterior. El movimiento llamado *"new history"* ocurrido en Estados Unidos a comienzos del siglo XX y los movimientos en Francia (*Annales* y sus predecesores) fueron explícitamente intentos de ese tipo. Sin embargo, fue sólo después de 1945 cuando esos intentos empezaron a encontrar apoyo sustancial entre los historiadores.

En realidad, la búsqueda de cooperación estrecha e incluso mezcla entre (partes de) la historia y (partes de) las ciencias sociales sólo llegó a ser un fenómeno muy notorio y notado en la década de 1960. En la historia ganó algún terreno la convicción de que el perfil recibido de la disciplina ya no llenaba del todo

las necesidades modernas. Los historiadores habían tenido mejores resultados en el estudio de la política pasada que en el de la vida social y económica del pasado. Los estudios históricos tendían a concentrarse en los acontecimientos y en los motivos de individuos e instituciones, y no estaban tan bien equipados para analizar los procesos y estructuras más anónimos localizados en la *longue durée*. Al parecer, las estructuras y los procesos habían sido descuidados, pero todo eso se modificaría al ampliar el alcance de los estudios históricos: más historia social y económica, por derecho propio y como clave para comprender a la historia en general.

Se proponían cambios fundamentales en la disciplina de la historia con ayuda de las vecinas ciencias sociales. Las ciencias sociales tenían instrumentos que podían contribuir al estudio de dimensiones del pasado que estaban "por debajo" o "detrás" de las instituciones, ideas y acontecimientos históricos (dimensiones como el cambio económico, el crecimiento demográfico, la desigualdad y la movilidad sociales, las actitudes y los comportamientos de masas, la protesta social y los patrones de votación), instrumentos que el historiador no tenía: métodos cuantitativos, conceptos analíticos tales como clase, expectativas de papel o discrepancia de estatus; modelos de cambio social. Ahora algunos historiadores intentaban utilizar "datos masivos" como los registros de matrimonio, los resultados electorales y la documentación fiscal, y para eso era indispensable volverse hacia las ciencias sociales. A medida que la historia (y la antropología) se fue abriendo cada vez más a la investigación cuantitativa, surgió un proceso de refuerzo circular: el dinero, el número de estudiantes y la legitimidad social se alimentaban mutuamente y fortalecían el sentido de autoconfianza en la justifica-

ción intelectual de las construcciones conceptuales de la ciencia social.

A veces la búsqueda de cambio en la disciplina histórica iba de la mano con el deseo de emprender una crítica social y cultural. Se sostenía que los historiadores habían puesto demasiado énfasis en el consenso y el funcionamiento de las instituciones, subestimando el conflicto, la desposesión y las desigualdades de clase, de etnia y de género. La crítica de los paradigmas recibidos se combinó con el desafío a las autoridades establecidas dentro y fuera de la profesión. A veces, como en Alemania, la actitud revisionista reforzó el viraje de los historiadores hacia las ciencias sociales. El empleo de conceptos analíticos y enfoques teóricos en sí era una forma de expresar oposición al paradigma "historicista" establecido que acentuaba enfoques hermenéuticos y de lenguaje lo más cercanos posibles a las fuentes. Algunas tradiciones de las ciencias sociales parecían ofrecer instrumentos específicos para desarrollar una historia "crítica" o más bien una "ciencia social histórica crítica". Pero en otros países, como Estados Unidos, que no sólo tenían otras tradiciones menos "historicistas" en historia, sino además una tradición menos crítica en las ciencias sociales, los historiadores revisionistas radicales fueron menos atraídos por los enfoques de las ciencias sociales.

La economía, la sociología y las ciencias políticas florecieron en el periodo de posguerra beneficiándose del reflejo de la gloria de las ciencias naturales; su gran prestigio e influencia fueron otra razón por la que muchos historiadores se interesaron en utilizar sus trabajos. Al mismo tiempo algunos científicos sociales estaban empezando a ingresar a reinos antes reservados a los historiadores. Sin embargo, esa expansión de las ciencias sociales nomotéticas hacia la

historia adoptó formas muy diferentes. Por un lado, la aplicación de teorías, modelos y procedimientos relativamente específicos y estrechos de las ciencias sociales a datos sobre el pasado (y a veces incluso del pasado) –por ejemplo estudios de patrones de votación, movilidad social y crecimiento económico. Esos datos fueron manejados igual que otras variables o indicadores en las ciencias sociales empíricas, es decir fueron uniformados (series de tiempo), aislados y correlacionados. A veces esta actividad se definía como "*social science history*". Esos científicos sociales estaban expandiendo los territorios de los que extraían sus datos, pero no consideraban necesario ni deseable modificar sus procedimientos en modo alguno, y ciertamente no se transformaron en historiadores tradicionales. La mayoría de ellos no esperaba encontrar, ni encontró, en el pasado nada muy diferente. Más bien los datos sobre el pasado parecían corroborar o cuando mucho modificar ligeramente las leyes generales que eran su principal interés. Sin embargo, a veces los resultados de ese trabajo llegaron a ser muy importantes para los historiadores y contribuyeron a darles una mejor comprensión del pasado.

Paralelamente, algunos otros científicos sociales hacían un viraje muy diferente hacia la historia, los que estaban interesados en describir y explicar el cambio social en gran escala, según la tradición a veces weberiana y a veces marxiana, y a menudo desde posiciones intermedias; y los que produjeron varios tipos de lo que llegó a ser conocido como "sociología histórica". Criticaban el ahistoricismo de sus colegas, que según ellos habían perdido contacto con muchas de las mejores tradiciones anteriores de las ciencias sociales. El trabajo que hacían era menos "cientista" y más "historicista". Tomaban muy seria-

mente contextos históricos específicos y colocaban el cambio social en el centro de la historia que relataban. Sus obras no apuntaban principalmente a probar, modificar y formular leyes (por ejemplo de modernización), sino que más bien utilizaban reglas generales para explicar fenómenos complejos y cambiantes o interpretarlos a la luz de esos patrones generales. En la década de 1960 esa crítica del ahistoricismo empezó a ser expresada cada vez más por jóvenes científicos sociales en trance de pasar a la crítica social, jóvenes cuya crítica de la "corriente principal" o *mainstream* de las ciencias sociales incluía la afirmación de que habían pasado por alto el carácter central del cambio social, favoreciendo una mitología del consenso, y que habían mostrado una seguridad ingenua e incluso arrogante al aplicar conceptos occidentales al análisis de fenómenos y culturas muy diferentes.

En el caso de la "historia ciencia social", los científicos sociales se desplazaban hacia la historia como consecuencia de la lógica de la dinámica expansiva de sus disciplinas. No buscaban tanto "cerrar la brecha" con la historia como adquirir bases de datos más amplias. No era ése el caso de los "sociólogos históricos", cuyo trabajo incluía la crítica de las metodologías predominantes. Similares motivos tenían muchos de los historiadores que defendían el uso de técnicas y generalizaciones de las ciencias sociales. Había convergencia entre los escritos de los científicos sociales históricos (o historizantes) y los de los historiadores "estructuralistas", la cual alcanzó su máximo en la década de 1970, aunque generalmente subsistían algunas diferencias de estilo: proximidad a las fuentes, nivel de generalización, grado de presentación narrativa e incluso técnicas de presentación de las notas de pie de página.

Ese movimiento hacia una cooperación más estrecha entre la historia y las demás ciencias sociales no pasó, sin embargo, de ser un fenómeno de minoría. Por otra parte, además de la discusión entre historia y sociología parecía haber otras discusiones separadas sobre la historia en cada una de las otras ciencias sociales: la economía (por ejemplo la "nueva historia económica"), las ciencias políticas (por ejemplo el "nuevo institucionalismo"), la antropología ("antropología histórica") y la geografía ("geografía histórica"). En todos esos campos parte de esa convergencia se produjo en la forma de una simple expansión del campo de datos de una tradición particular de ciencia social, y una parte de ella adoptó la forma de reapertura de problemas metodológicos fundamentales.

La superposición creciente entre las tres ciencias sociales nomotéticas tradicionales —economía, ciencia política y sociología— tenía una carga de controversia menor. A la cabeza de esto estuvieron los sociólogos, que desde la década de 1950 convirtieron en subcampos normales e importantes dentro de la disciplina tanto la "sociología política" como la "sociología económica". Los científicos sociales los siguieron, ampliando sus intereses más allá de las instituciones gubernamentales formales, redefiniendo su objeto de estudio para incluir todos los procesos sociales que tienen implicaciones o intenciones políticas: el estudio de los grupos de presión, los movimientos de protesta y las organizaciones comunitarias. Y cuando algunos científicos sociales críticos revivieron el uso del término "economía política", otros científicos políticos menos críticos respondieron tratando de dar tanto al término como a su objeto de estudio un sabor más clásicamente nomotético. Sin embargo el resultado común fue que los científicos políticos pasaron a preocuparse más por los

procesos económicos. Para los economistas el predominio de las ideas de Keynes en la posguerra inmediata revivió la preocupación por la "macroeconomía", con lo que la línea divisoria con la ciencia política perdió algo de claridad, puesto que el objeto de análisis era en gran parte la política de los gobiernos y los organismos intergubernamentales. Más adelante algunos economistas no keynesianos empezaron a defender los méritos de los modelos analíticos económicos neoclásicos para el estudio de temas tradicionalmente considerados sociológicos, como la familia o las desviaciones sociales.

El nivel de compromiso de las tres disciplinas con las técnicas cuantitativas e incluso con los modelos matemáticos fue aumentando en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Sus respectivos enfoques metodológicos fueron diferenciándose cada vez menos. Cuando la crítica social empezó a alimentar los debates internos de esas disciplinas, las limitaciones que los científicos sociales críticos encontraban dentro de cada disciplina, dentro de las doctrinas positivistas prevalecientes en su disciplina, parecían ser las mismas para todos. Una vez más no vale la pena exagerar. Organizativamente las tres disciplinas se mantuvieron totalmente separadas, y no faltaban las voces que defendían esa separación; sin embargo a lo largo de los años, tanto en la versión *mainstream* como en la versión crítica de cada una de las disciplinas, comenzó a haber en la práctica una creciente superposición del objeto de estudio y de la metodología de las tres disciplinas nomotéticas.

La múltiples superposiciones entre las disciplinas tuvieron una consecuencia doble. No sólo se hizo cada vez más difícil hallar líneas divisorias claras entre ellas, en términos del campo de sus estudios o el modo en que trataban los datos, sino que además

ocurrió que cada una de las disciplinas se fue volviendo cada vez más heterogénea a medida que los límites de los objetos de investigación aceptables se iban estirando. Eso condujo a un cuestionamiento interno considerable en torno a la coherencia de las disciplinas y la legitimidad de las premisas intelectuales que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia separada. Una manera de manejar esto fue el intento de crear nuevos nombres "interdisciplinarios", como, por ejemplo, estudios de la comunicación, ciencias administrativas y ciencias del comportamiento.

Muchos consideraron que el creciente énfasis en la multidisciplinariedad era expresión de la flexible respuesta de las ciencias sociales a problemas que había encontrado y a objeciones intelectuales planteadas acerca de la estructuración de las disciplinas. Para ellos, la convergencia entre partes de las ciencias sociales y partes de la historia hacia una ciencia social más amplia ha sido un enfoque creativo, que incluyó una fertilización cruzada muy fructífera y que merece ser continuada y desarrollada. Otros manifiestan menos entusiasmo por los resultados obtenidos. Para ellos la concesión de la "interdisciplinariedad" ha servido tanto para rescatar la legitimidad de las disciplinas existentes como para superar a la lógica, cada vez más disminuida, y su separación. Estos últimos pedían una reconstrucción más radical con el objeto de superar lo que percibían como confusión intelectual.

Cualquiera que sea nuestro juicio sobre la muy clara tendencia hacia el tema de la multidisciplinariedad, las consecuencias organizacionales parecen ser evidentes. Entre 1850 y 1945 el número de nombres utilizados para clasificar la actividad de conocimiento en las ciencias sociales se fue reduciendo constante-

mente hasta terminar con una lista relativamente corta de nombres aceptados para distintas disciplinas. En cambio, después de 1945 la curva se movió en dirección contraria con la constante aparición de nuevos nombres que luego buscaban bases institucionales adecuadas: nuevos programas o incluso nuevos departamentos en las universidades, nuevas asociaciones de estudiosos; nuevos periódicos; y nuevas categorías en la clasificación de los libros en las bibliotecas.

La validez de las distinciones entre las ciencias sociales fue probablemente el mayor foco del debate crítico en las décadas de 1950 y 1960. Hacia el fin de la década de 1960, y luego muy claramente en la de 1970, pasaron al primer plano otras dos cuestiones que habían surgido en el periodo de posguerra: el grado en que las ciencias sociales (y en realidad todo conocimiento) eran "eurocéntricas" y por lo tanto el grado en que el patrimonio heredado de las ciencias sociales puede ser considerado parroquial; y el grado en que la arraigada división del pensamiento moderno en las "dos culturas" era un modo útil de organizar la actividad intelectual. A continuación nos remitimos a esas dos cuestiones.

2. *El grado en que el patrimonio heredado es parroquial*

La afirmación de universalidad, con más o menos calificaciones —relevancia universal, aplicabilidad universal, validez universal—, no puede faltar en la justificación de las disciplinas académicas: es parte de los requisitos para su institucionalización. La justificación puede hacerse sobre bases morales, prácticas, estéticas, políticas, o alguna combinación de todas ellas, pero todo el conocimiento institucionalizado

avanza sobre la premisa de que las lecciones del caso presente tienen importancia para el próximo caso y que la lista de casos potenciales es, para cualquier fin práctico, interminable. Por supuesto que las afirmaciones de este tipo rara vez convencen de una vez y para siempre. Las tres divisiones principales del conocimiento contemporáneo (humanidades, ciencias naturales y ciencias sociales), así como las disciplinas que se consideran componentes de cada una de ellas, han luchado continuamente en una serie de frentes diferentes —intelectual, ideológico y político—para mantener sus distintas afirmaciones de universalidad. Esto se debe a que todas esas afirmaciones son desde luego históricamente específicas, concebibles únicamente desde dentro de determinado sistema social, impuesto siempre por medio de instituciones y prácticas históricas y, en consecuencia, perecedero.

El universalismo de cualquier disciplina —o de grandes grupos de disciplinas— se basa en una mezcla particular y cambiante de afirmaciones intelectuales y prácticas sociales. Esas afirmaciones y prácticas se alimentan mutuamente y son reforzadas a su vez por la reproducción institucional de la disciplina o división. El cambio en la mayoría de los casos adopta la forma de adaptación, una afinación continua, tanto de las lecciones universales supuestamente transmitidas, como de los modos de esa transmisión. Históricamente esto significa que una vez institucionalizada una disciplina sus afirmaciones universalistas son difíciles de desafiar con éxito, independientemente de cuál sea su plausibilidad intelectual presente.

La expectativa de universalidad, por muy sincera que sea su persecución, no ha sido satisfecha hasta ahora en el desarrollo histórico de las ciencias sociales. En los últimos años los críticos han denunciado severamente los fracasos y las inadecuaciones de las

ciencias sociales en esa búsqueda. Las críticas más extremas han insinuado que la universalidad es un objetivo inalcanzable, pero la mayoría de los científicos sociales todavía cree que es un objetivo plausible y digno de perseguir a pesar de que hasta ahora las ciencias sociales han sido parroquiales en un grado inaceptable. Algunos podrían argumentar que las críticas recientemente formuladas por grupos antes excluidos, incluso del mundo de la ciencia social, están creando las condiciones que harán posible el verdadero universalismo.

En muchas formas los problemas más severos han sido los relacionados con las tres ciencias sociales nomotéticas. Al tomar como modelo a las ciencias naturales, alimentaron tres tipos de expectativas que han resultado imposibles de cumplir tal como se había anunciado en forma universalista: una expectativa de predicción, y una expectativa de administración, ambas basadas a su vez en una expectativa de exactitud cuantificable. A veces se pensaba que los puntos más debatidos en el campo de las humanidades estaban relacionados con las preferencias subjetivas del investigador, pero las ciencias sociales nomotéticas se construyeron sobre la premisa de que las realizaciones sociales se pueden medir y que es posible el acuerdo universal sobre las medidas mismas.

Ahora podemos ver retrospectivamente que la apuesta a que las ciencias sociales nomotéticas eran capaces de producir conocimiento universal era realmente muy arriesgada. Porque a diferencia del mundo natural definido por las ciencias naturales, el dominio de las ciencias sociales no sólo es un dominio en que el objeto de estudio incluye a los propios investigadores sino que es un dominio en el que las personas estudiadas pueden dialogar o discutir en varias formas con esos investigadores. Las cuestiones

debatidas en las ciencias naturales normalmente se resuelven sin necesidad de recurrir a las opiniones del objeto de estudio. En cambio la gente (o los descendientes de la gente) estudiada por los científicos sociales ha ido entrando cada vez más en la discusión, por voluntad de los investigadores o no, e incluso en muchos casos en contra de éstos. Esa intrusión ha ido adoptando cada vez más la forma de un desafío contra las pretensiones universalistas. Voces disidentes –especialmente (pero no únicamente) feministas– cuestionaron la capacidad de las ciencias sociales para explicar la realidad de ellas. Parecían decir a los investigadores: "Es posible que tu análisis sea apropiado para tu grupo, pero simplemente no encaja con mi caso." O bien los disidentes, en un cuestionamiento aún más amplio, enfrentaban el propio principio de universalidad alegando que lo que las ciencias sociales presentaban como aplicable al mundo entero en realidad representaba sólo las opiniones de una pequeña minoría de la humanidad. Además sostenían que las opiniones de esa minoría habían llegado a dominar el mundo del conocimiento simplemente porque esa minoría también dominaba el mundo fuera de las universidades.

El escepticismo acerca de las virtudes de las ciencias sociales como interpretaciones no tendenciosas del mundo humano fue anterior a su institucionalización y apareció en las obras de intelectuales occidentales prominentes desde Herder y Rousseau hasta Marx y Weber. En muchas formas, las actuales denuncias de esas disciplinas como eurocéntricas/machistas/burguesas en cierta medida son una mera repetición de críticas anteriores, tanto implícitas como explícitas, formuladas por practicantes de la disciplina y por personas ajenas a ella, pero antes esas críticas habían sido, en gran parte, ignoradas.

El hecho de que las ciencias sociales construidas en Europa y Estados Unidos durante el siglo XIX fueran eurocéntricas no debe asombrar a nadie. El mundo europeo de la época se sentía culturalmente triunfante y en muchos aspectos lo era. Europa había conquistado el mundo tanto política como económicamente, sus realizaciones tecnológicas fueron un elemento esencial de esa conquista y parecía lógico adscribir la tecnología superior a una ciencia superior y a una superior visión del mundo. Parecía plausible identificar el éxito de Europa con el impulso hacia el progreso universal. El periodo entre 1914 y 1945 fue de shock, pues parecía desmentir las afirmaciones occidentales de progreso moral, pero en 1946 el mundo occidental cobró nuevos ánimos. El desafío a la universalidad cultural de las ideas occidentales sólo empezó a ser tomado en serio cuando el dominio político de Occidente enfrentó los primeros desafíos significativos después de 1945, y cuando el Asia Oriental llegó a ser una nueva sede de actividad económica sumamente fuerte en la década de 1970. Además ese desafío no provenía únicamente de los que se sentían excluidos de los análisis de las ciencias sociales sino que se originaba también dentro de las ciencias sociales occidentales. Las dudas de Occidente sobre sí mismo, que antes sólo existían en una pequeña minoría, ahora eran mucho mayores.

Es pues en el contexto de cambios en la distribución del poder en el mundo cuando llegó al primer plano el problema del parroquialismo cultural de las ciencias sociales tal como se habían desarrollado históricamente. Representaba el correlato civilizatorio de la pérdida del dominio político y económico indiscutido de Occidente en el mundo. Sin embargo la cuestión civilizatoria no adoptó la forma de un conflicto directo: las actitudes eran profundamente

ambiguas y los estudiosos, tanto occidentales como no occidentales, nunca formaron grupos con posiciones unificadas en torno a la cuestión (posiciones opuestas *a fortiori* a las de otro grupo). Organizacionalmente, los vínculos entre ellos eran complejos. Muchos estudiosos no occidentales habían estudiado en universidades occidentales y muchos más se sentían comprometidos con epistemologías, metodologías y teorizaciones asociadas con estudiosos occidentales. Por el contrario, había algunos científicos occidentales, desde luego muy pocos, que conocían profundamente el pensamiento actual de los científicos sociales no occidentales y habían recibido profundas influencias de ellos.

En conjunto, en el periodo 1945-1970 las opiniones científico-sociales predominantes en Europa y Estados Unidos siguieron siendo dominantes también en el mundo no occidental. En realidad, en ese periodo las ciencias sociales académicas tuvieron un crecimiento considerable en el mundo no occidental, a menudo bajo la éjida o con la ayuda de instituciones occidentales que predicaban la aceptación de las disciplinas desarrolladas por ellas en Occidente como universalmente normativas. Los científicos sociales tienen misiones, igual que los líderes políticos o religiosos; buscan la aceptación universal de determinadas prácticas en la creencia de que eso maximiza la posibilidad de alcanzar ciertos fines, tales como conocer la verdad. Bajo la bandera de la universalidad la ciencia intenta definir las formas de conocimiento que son científicamente legítimas y las que quedan fuera de la aceptabilidad. Dado que las ideologías dominantes se definían a sí mismas como reflejo y encarnación de la razón tanto para presidir la acción como para determinar paradigmas supuestamente universales, rechazar esa opinión era consi-

derado como elegir la "aventura" en contra de las "ciencias" y parecía implicar la opción por la incertidumbre en contra de la certeza intelectual y espiritual. Durante ese periodo, las ciencias sociales occidentales continuaron disfrutando de una posición social fuerte y utilizaron su ventaja económica y su preeminencia espiritual para propagar sus opiniones como ciencia social ejemplar. Además, esa misión de la ciencia social occidental resultó enormemente atractiva para los científicos sociales de todo el mundo, para los cuales adoptar esas opiniones y prácticas aparecía como unirse a una comunidad universal de científicos.

El desafío al parroquialismo de la ciencia social desde fines de los años sesenta fue inicialmente, y quizá fundamentalmente, un desafío a su afirmación de representar el universalismo. Los críticos sostuvieron que en realidad era parroquial. Esa crítica fue hecha por las feministas que desafiaban la orientación machista, por los diversos grupos que desafiaban el eurocentrismo y más tarde por muchos otros grupos que cuestionaban otras tendencias que percibían como inherentes a las premisas de las ciencias sociales. Los detalles históricos diferían, pero la forma de los argumentos tendía a ser paralela: demostraciones de la realidad del prejuicio; afirmaciones acerca de sus consecuencias, en términos de tópicos de investigación y objetos estudiados; la estrechez histórica de la base social de reclutamiento de los investigadores, y el cuestionamiento de la base epistemológica de los análisis.

Al analizar estas críticas es importante distinguir el desafío epistemológico del desafío político, aun cuando para muchas personas de ambos lados del debate intelectual los dos estaban vinculados. El desafío político se refería al reclutamiento del personal

(estudiantes y profesores) dentro de las estructuras universitarias (e iba unido a un desafío similar en el mundo político más amplio). Se sostenía que había grupos de todas clases "olvidados" por las ciencias sociales –las mujeres, los pueblos no occidentales en general, grupos de "minorías" dentro de los países occidentales, y otros grupos históricamente definidos como marginales en lo político y en lo social.

Uno de los argumentos principales presentados para terminar con las exclusiones de personal en las estructuras del conocimiento fueron sus potenciales implicaciones para la adquisición de conocimiento válido. En el nivel más simple se decía que la mayoría de los científicos sociales de los últimos 200 años se habían estudiado a sí mismos, como quiera que se definieran; e incluso los que estudiaban a "otros" tendían a definir a los otros como reflexiones de sí mismos o en contraste consigo mismos. De ahí se desprendía claramente la solución propuesta: si ampliamos los alcances del reclutamiento de la comunidad académica, probablemente se ampliará también el campo de los objetos de estudio. Y así resultó efectivamente, como puede verse mediante una rápida comparación de los títulos de los trabajos presentados a las conferencias académicas actuales o los títulos de los libros que se publican actualmente con listas equivalentes de la década de 1950. Esto fue en parte un resultado natural de la expansión cuantitativa del número de científicos sociales y la necesidad de hallar nichos de especialización, pero también fue claramente consecuencia de las presiones por establecer una base social más amplia de reclutamiento de estudiosos y una legitimación cada vez mayor de nuevas áreas de investigación.

El desafío al parroquialismo, sin embargo, ha ido

más hondo que la cuestión de los orígenes sociales de los investigadores. Las "voces" nuevas entre los científicos sociales planteaban cuestiones teóricas que iban más allá de la cuestión de los tópicos o los temas de estudio legítimos, e incluso más allá del argumento de que las evaluaciones son diferentes si se hacen desde perspectivas diferentes. El argumento de esas voces nuevas era también que el razonamiento teórico de las ciencias sociales (y sin duda también el de las ciencias naturales y el de las humanidades) contenía presupuestos que en muchos casos incorporaban prejuicios o modos de razonamiento *a priori* que no tenían justificación teórica ni empírica, y que era preciso elucidarlos, analizarlos y remplazarlos por premisas más justificables.

En este sentido esas demandas formaban parte de una demanda general para abrir las ciencias sociales. Eso no significa que todas las nuevas proposiciones adelantadas en nombre de nuevas teorizaciones fueran correctas o justificables; lo que sí significa es que la empresa de inspeccionar nuestras premisas teóricas en busca de supuestos *a priori* no justificados es eminentemente válida y constituye, en muchos sentidos, una prioridad para las ciencias sociales en la actualidad. Esos nuevos modos de análisis exigen el uso de la investigación, el análisis y el razonamiento para emprender una reflexión en torno al lugar y el peso de la diferencia (raza, género, sexualidad, clase) en nuestra teorización.

En 1978, Engelbert Mveng, catedrático africano, escribió un artículo titulado "De la sumisión a la sucesión" en el que decía: "Hoy el Occidente concuerda con nosotros en que el camino hacia la verdad pasa por numerosos caminos distintos de los de la lógica aristotélica o thomista o de la dialéctica hegeliana. Pero es necesario descolonizar las propias cien-

cias sociales y humanas."[6] El reclamo de inclusión, el reclamo de elucidación de las premisas teóricas ha sido un reclamo de descolonización, es decir, de transformación de las relaciones de poder que crearon la forma particular de institucionalización de las ciencias sociales que hemos conocido hasta ahora.

Las diferentes teorías de la modernización identificaron los aspectos de las sociedades tradicionales que contrastan con los de la sociedad moderna, pero en el proceso tendieron a pasar por alto la complejidad de sus respectivos ordenamientos internos. Existen visiones alternativas de conceptos tan fundamentales para las ciencias sociales como *poder* e *identidad*. En una serie de discursos no occidentales pueden detectarse concepciones y lógicas que proponen que el poder es transitorio e irreal, o que la legitimación debe provenir del contenido sustantivo y no del procedimiento formal. Por ejemplo la aplicación del budismo mahayana del concepto de "maya" referido al estado, los poderosos y los clanes dirigentes desmiente la omnipresencia de la lógica del poder que predomina en los discursos monoteístas. El concepto taoísta del "camino" legítimo (tao) entiende la legitimación como una asociación existencial con las realidades caóticas, más allá de la legitimación burocrática del confucianismo. En cuanto a la identidad, los adeptos del budismo mahayánico creen que la identidad no es absoluta y siempre debe ser acompañada por una aceptación de las otras comunidades. En el Caribe (y en otras regiones afroamericanas) las fronteras entre las formas lingüísticas religio-

[6] Engelbert Mveng, *De la sous-mission à la succession"*, en *Civilisation noire et Église catholique/Black civilization and the Catholic Church*, Colloque d'Abidjan, París/Abidjan y Dakar, Présence Africaine/Les Nouvelles Éditions Africaines, 1978, vol. 1, p. 141.

sas y musicales, por un lado, y las categorías etnorraciales, por el otro, siempre han sido muy fluidas y los individuos las cruzan con bastante facilidad. Algunos científicos sociales occidentales han descrito peyorativamente la generación de una considerable cantidad de casos de identidad múltiple, pero las poblaciones locales tienden a verlos como una ventaja en lugar de un obstáculo.

Lo que importa aquí no es examinar los méritos de distintas visiones del poder o de la identidad sino más bien sugerir la necesidad de que las ciencias sociales coloquen este debate en los cimientos mismos de sus construcciones analíticas. Si la ciencia social es un ejercicio en la búsqueda de conocimiento universal, entonces lógicamente no puede haber "otro", porque el "otro" es parte de "nosotros", ese nosotros al que estudiamos, ese nosotros que hace el estudio.

En suma, universalismo y particularismo no son necesariamente opuestos. ¿Cómo podemos ir más allá de ese marco limitante? Las tensiones entre universalismo y particularismo no son un descubrimiento nuevo sino el centro de un debate que en los últimos doscientos años ha reaparecido de muchas formas diferentes en las ciencias sociales. El universalismo ha sido atacado como una forma de particularismo disfrazada, y bastante opresiva. Es un hecho que hay algunas cosas que son universalmente ciertas, el problema es que los que tienen el poder social tienen una tendencia natural a ver la situación actual como universal, porque los beneficia. Por lo tanto la definición de verdad universal ha cambiado con los cambios en la constelación del poder.

La propia verdad científica es histórica. Por lo tanto el problema no es simplemente qué es universal, sino qué es lo que evoluciona, y si lo que está en

evolución es necesariamente identificable con el progreso. ¿Cómo pueden las ciencias sociales manejar el hecho de describir y formular afirmaciones verdaderas acerca de un mundo desigual en el cual los propios científicos sociales tienen sus raíces? Las afirmaciones de universalismo siempre han sido hechas por personas particulares, y esas personas generalmente han estado en oposición a personas con afirmaciones rivales. El hecho de que existan visiones particularistas rivales sobre lo que es universal nos obliga a tomar en serio las cuestiones sobre la neutralidad del estudioso. Las ciencias naturales aceptan desde hace mucho el hecho de que el que mide modifica lo medido. Sin embargo, esa afirmación todavía es discutida en las ciencias sociales en las que, justamente, esa realidad es aún más obvia.

Aquí podría ser útil observar que en la reciente discusión acerca del universalismo se han mezclado tres cuestiones: la distinción entre afirmaciones descriptivas y afirmaciones analíticas (que pueden ser ambas verdaderas simultáneamente), la validez de las afirmaciones que reflejan intereses rivales (todas las cuales pueden ser igualmente válidas e igualmente interesadas); y la racionalidad crítica como base de la comunicación académica. Podemos querer distinguir lo que se oculta detrás del universalismo y del particularismo como categorías: como objetos, como objetivos, como lenguajes y como metalenguajes. Traer los metalenguajes al primer plano y someterlos a la racionalidad crítica podría ser la única forma en la que podamos escoger nuestra mezcla de lo universal y lo particular como objetos, como objetivos y como lenguajes.

Si el universalismo, todos los universalismos, son históricamente contingentes, ¿hay alguna manera de construir un universalismo único y relevante para el

momento presente? La solución al universalismo contingente ¿es la de los guetos o la de la integración social? ¿Existe un universalismo más profundo que va más allá de los universalismos formalistas de las sociedades y del pensamiento moderno, y que acepte contradicciones dentro de su universalidad? ¿Es posible impulsar un universalismo pluralista, análogo al panteón de la India donde un mismo dios tiene muchos avatares?

Los que tienen menos poder siempre están, en cierto sentido, en una situación sin salida: no hay respuesta certera a los universalismos predominantes. Si los aceptan como justos, se encuentran excluidos o disminuidos por las premisas mismas de la teorización, pero si vacilan en actuar en función de los universalismos predominantes no pueden funcionar adecuadamente dentro del sistema, ni política ni intelectualmente, y por lo tanto están impidiendo que la situación mejore. La consecuencia es que inicialmente los excluidos van y vienen, política y culturalmente, entre la integración y la separación, y cuando eso se vuelve demasiado agotador, a veces pasan a querer destruir por completo los universalismos presentes. En el momento actual las ciencias sociales enfrentan varios intentos de ese tipo. La cuestión que se nos presenta es cómo abrir las ciencias sociales de manera que puedan responder adecuada y plenamente a las objeciones legítimas contra el parroquialismo y así justificar su afirmación de validez universal o aplicabilidad universal.

Partimos de una creencia muy fuerte en que algún tipo de universalismo es el objetivo necesario de la comunidad de discurso. Al mismo tiempo reconocemos que cualquier universalismo es históricamente contingente en cuanto proporciona el medio de traducción y al mismo tiempo establece los términos de

la discusión intelectual y por lo tanto es una fuente de poder intelectual. Reconocemos además que todo universalismo desencadena respuestas a sí mismo, y que esas respuestas están en cierto sentido determinadas por la naturaleza del (de los) universalismo(s) dominante(s). Y creemos que es importante aceptar la coexistencia de interpretaciones diferentes de un mundo incierto y complejo. Sólo un universalismo pluralista nos permitirá captar la riqueza de las realidades sociales en que vivimos y hemos vivido.

3. *La realidad y la validez de la distinción entre las "dos culturas"*

Desde 1960 hasta la fecha ha habido dos acontecimientos sorprendentes en las estructuras del conocimiento que provienen de los extremos opuestos que resultan de las divisiones universitarias del conocimiento, pero ambos han cuestionado la realidad y la validez de la distinción entre las "dos culturas". Los descontentos, ya antiguos en las ciencias naturales, con las premisas newtonianas, que pueden remontarse por lo menos a Poincaré a fines del siglo XIX, empezaron a hacer explosión: en la producción intelectual, en el número de adherentes, en su visibilidad pública. Indudablemente esto era en parte resultado del mismo tipo de presión hacia la diferenciación provocada por el puro crecimiento numérico que estaba desempeñando su papel en la agitación existente en las ciencias sociales. Pero lo que es más importante es que era el resultado de la creciente incapacidad de las teorías científicas más antiguas para ofrecer soluciones plausibles a las dificultades que los científicos encontraban al tratar de resolver los problemas referentes a fenómenos cada vez más complejos.

Estos procesos en las ciencias naturales y en las matemáticas fueron importantes para las ciencias sociales en dos sentidos. Ante todo el modelo de epistemología nomotética que se había ido tornando cada vez más dominante en las ciencias sociales a partir de 1945 se basaba principalmente en la aplicación de la sabiduría de los conceptos newtonianos al estudio de los fenómenos sociales. Pero ahora estaba minando el suelo bajo el uso de ese modelo en las ciencias sociales. En segundo lugar, en las ciencias naturales se daban nuevos procesos que destacaban la no linealidad por encima de la linealidad, la complejidad sobre la simplificación, la imposibilidad de eliminar al que mide de la medición, e incluso, para algunos matemáticos, la superioridad de una amplitud interpretativa cualitativa por encima de una precisión cuantitativa, cuya exactitud es más limitada. Lo más importante de todo, esos científicos acentuaban la importancia de la flecha del tiempo. En suma, las ciencias naturales aparentemente comenzaban a acercarse a lo que había sido despreciado como ciencia social "blanda", más que a lo que se había proclamado como ciencia social "dura". Eso no sólo comenzó a modificar el equilibrio de poder en las luchas internas de las ciencias sociales sino que además sirvió para reducir la fuerte distinción entre ciencias naturales y ciencias sociales como "supercampos". Sin embargo, esa atenuación de las contradicciones entre las ciencias naturales y la ciencia social no implicaba, como en los intentos anteriores, una concepción mecánica de la humanidad, sino más bien la concepción de la naturaleza como activa y creativa.

La visión cartesiana de la ciencia clásica describía al mundo como un automaton, determinista y capaz de ser totalmente descrito en forma de leyes causales o "leyes de la naturaleza". Hoy día, muchos científicos

naturales afirmarían que la descripción del mundo debería ser muy diferente.[7] Es un mundo más inestable, un mundo mucho más complejo, un mundo en el que las perturbaciones desempeñan un papel muy importante, y donde una de las cuestiones clave es explicar cómo surge esa complejidad. La mayoría de los científicos naturales ya no cree que lo macroscópico pueda ser en principio deducido simplemente de un mundo microscópico más simple. Hoy muchos creen que los sistemas complejos se autoorganizan, y que en consecuencia ya no se puede considerar que la naturaleza sea pasiva.

No es que crean que la física newtoniana esté equivocada, sino más bien que los sistemas estables y reversibles en el tiempo, descritos por la ciencia newtoniana, sólo representan un segmento particular y limitado de la realidad. Por ejemplo, describe el movimiento de los planetas pero no el desarrollo del sistema planetario. Describe sistemas en equilibrio o cercanos al equilibrio pero no sistemas que están lejos del equilibrio, aunque éstos son por lo menos tan frecuentes, si no más, que los sistemas en equilibrio. Las condiciones de un sistema que está lejos del equilibrio no son reversibles en el tiempo, como aquellos en los que basta conocer la "ley" y las condiciones iniciales para predecir sus estados futuros. Más bien, un sistema lejos del equilibrio es la expresión de una "flecha de tiempo" cuyo papel es esencial y constructivo. En un sistema de ese tipo el futuro es incierto y las condiciones son irreversibles. Por lo tanto las leyes que podemos formular solamente enumeran posibilidades, nunca certezas.

En consecuencia, la irreversibilidad ya no es con-

[7] Véase Ilya Prigogine, *Les lois du chaos*, París, Flammarion, 1994.

siderada como una percepción científicamente errónea, resultado de aproximaciones derivadas de la inadecuación del conocimiento científico. Hoy en día los científicos naturales más bien están tratando de extender la formulación de las leyes de la dinámica para incluir la irreversibilidad y la probabilidad. Hoy se piensa que sólo así los científicos pueden tener esperanzas de comprender los mecanismos que, en el nivel fundamental de la descripción, impulsan al universo inquieto del cual formamos parte. La ciencia natural espera, de ese modo, hacer compatible la idea de leyes de la naturaleza con la idea de acontecimientos, novedades y creatividad. En cierto sentido se podría sostener que la inestabilidad desempeña, para los fenómenos físicos, un papel análogo al de la selección natural de Darwin en la biología. La selección natural es una condición necesaria pero no suficiente para la evolución. Algunas especies han aparecido recientemente, otras han persistido por centenares de millones de años. Del mismo modo, la existencia de probabilidades y la ruptura de la simetría temporal es una condición necesaria de la evolución.

La importancia del análisis de sistemas complejos para el análisis de las ciencias sociales tiene vastos alcances. Es muy claro que los sistemas sociales históricos están compuestos por múltiples unidades interactuantes, caracterizadas por el surgimiento y la evolución de estructuras y organizaciones jerárquicas internas, y comportamientos espacio/temporales complejos. Por otra parte, además del tipo de complejidad que presentan los sistemas dinámicos no lineales con mecanismos fijos de interacción microscópica, los sistemas sociales históricos están formados por elementos individuales capaces de adaptación interna y de aprendizaje por medio de la experiencia. Esto

añade un nuevo nivel de complejidad (que comparten con la biología evolutiva y la ecología) más allá de la complejidad de la dinámica no lineal de los sistemas físicos tradicionales.

Los métodos de análisis de sistemas complejos ya se han aplicado en varias áreas, como el problema de la relación entre innovaciones estocásticamente generadas y fluctuaciones económicas de largo plazo, que parecen presentar las características del caos determinista. Además se puede mostrar cómo tecnologías rivales, en presencia de contrariedades crecientes de varios tipos, pueden quedar "encerradas" a pesar de la disponibilidad de alternativas superiores. El marco conceptual que ofrecen los sistemas evolutivos complejos desarrollados por las ciencias naturales ofrece a las ciencias sociales un conjunto coherente de ideas que concuerda con visiones que existen desde hace tiempo en las ciencias sociales, particularmente entre los que se resistieron a las formas de análisis nomotético inspiradas por la ciencia de los equilibrios lineales. El análisis científico basado en la dinámica de no-equilibrios, con su énfasis en futuros múltiples, bifurcación y elección, dependencia histórica y, para algunos, incertidumbre intrínseca e inherente, tiene una resonancia positiva con tradiciones importantes de las ciencias sociales.

El segundo gran desafío a la división tripartita del conocimiento en tres grandes reinos surgió del límite final "humanista" de la tensión entre las dos culturas. Ese desafío provino de lo que genéricamente podríamos llamar "estudios culturales". Por supuesto, cultura era un término utilizado desde mucho tiempo antes, tanto por antropólogos como por estudiosos de las humanidades, pero generalmente no con esta nueva connotación más bien política. El estudio de la "cultura" como una cuasidisciplina hizo explosión

con sus programas, sus publicaciones, sus asociaciones y sus colecciones en las bibliotecas. Este desafío parece incluir tres temas principales. Ninguno de estos temas es nuevo; lo que quizá sea nuevo es la asociación entre ellos, y el hecho de que unidos han mostrado tanta fuerza que están teniendo una influencia muy importante en las instituciones de producción de conocimiento por primera vez en dos siglos, desde que la ciencia, una ciencia determinada, desplazó a la filosofía, una filosofía determinada, de la posición de legitimadora del conocimiento.

Los tres temas que se han conjuntado en los estudios culturales son: primero, la importancia central, para el estudio de los sistemas sociales históricos, de los estudios de género y todos los tipos de estudios "no eurocéntricos"; segundo, la importancia del análisis histórico local, muy ubicado, que muchos asocian con una nueva "actitud hermenéutica"; tercero, la estimación de los valores asociados con las realizaciones tecnológicas y su relación con otros valores. El estudio de la cultura atraía a personas de casi todas las disciplinas, pero particularmente de tres grupos: los estudiosos de la literatura en todas sus formas, porque para ellos legitimaba la preocupación por el escenario social y político; los antropólogos, para algunos de los cuales el nuevo énfasis proponía un campo capaz de remplazar el de la etnografía (o al menos competir con él), que había perdido su papel de dirección dentro de la disciplina; y las personas dedicadas a las nuevas cuasidisciplinas relacionadas con los pueblos "olvidados" por la modernidad (los ignorados en virtud del género, la raza, la clase, etc.), a los cuales ofrecía un marco teórico ("posmoderno") para sus respectivas elaboraciones de la diferencia.

Ya hemos hablado de los intentos por superar el

patrimonio parroquial de las ciencias sociales. ¿Qué se agrega si consideramos esto dentro del cuestionamiento sobre la validez de la distinción entre las dos culturas? En la formulación del problema de las dos culturas siempre había habido un supuesto implícito pero muy real, se implicaba que la ciencia era más racional, "más dura" y más precisa, más poderosa, más seria, más eficaz, y por lo tanto, de consecuencias más importantes que la filosofía o las artes y letras. La premisa latente era que de alguna manera la ciencia era más moderna, más europea y más masculina. Contra esas afirmaciones implícitas reaccionaban los defensores de los estudios de género y de todos los estudios no eurocéntricos al proponer sus visiones y sus demandas en el marco de una revalorización de los estudios culturales.

Básicamente el mismo problema surgía en la cuestión a veces formulada como lo local contra lo universal y otras veces como acción contra estructura. Se afirmaba que las estructuras y lo universal eran impersonales, eternas o por lo menos de muy larga duración y se encontraban más allá del control del esfuerzo humano. Pero no del todo más allá del control de cualquiera: las estructuras parecían ser manipulables por expertos, racionales y científicos, aunque no por las personas corrientes ni por los grupos que tenían menos poder dentro de las estructuras. La afirmación de la continuada eficacia de las estructuras en el análisis de los fenómenos sociales, según se decía, implicaba la irrelevancia de las movilizaciones sociales y por lo tanto de los intentos de los menos poderosos para transformar la situación social. Se decía que lo universal era remoto, mientras que lo "local" era inmediato. La centralidad del género y de la raza/etnicidad para el análisis parecía evidentemente importante en los estudios locales,

pero cuanto más mundial era el estudio, más difícil se consideraba el desarrollar una organización efectiva a fin de presentar perspectivas alternativas, defender intereses alternativos y proponer epistemologías alternativas.

El tercer elemento en la afirmación de los estudios culturales ha sido la expresión de escepticismo acerca de los méritos del progreso tecnológico. El grado de escepticismo ha ido desde las dudas moderadas hasta el repudio extremo de los productos de esa tecnología; ha tomado forma política en la amplia variedad de intereses ecológicos, y forma intelectual en el regreso de los valores al primer plano del análisis académico (lo que algunos podrían describir como el regreso de la filosofía). Frente a la crisis ecológica, las afirmaciones de universalidad de la tecnología han sido cuestionadas. El escepticismo posmoderno empezó a remplazar a la crítica moderna, y casi todas las llamadas teorías grandiosas fueron atacadas en nombre de un modo de teorización sumamente abstracto. El impacto culturalista se hizo sentir en todas las disciplinas. Los enfoques hermenéuticos recuperaron el terreno que antes habían perdido. En distintas disciplinas el lenguaje pasó a ser central en la discusión, como objeto de estudio, y también como clave para la reflexión epistemológica de la disciplina sobre sí misma.

Los estudios culturales han ofrecido soluciones para algunos problemas, pero también han creado otros. La insistencia en el elemento agencial y en el significado ha conducido a veces a un descuido casi voluntarista de verdaderas constricciones estructurales sobre el comportamiento humano. El énfasis en la importancia de los espacios locales puede conducir al descuido de las interrelaciones más amplias del tejido histórico. El escepticismo posmoderno en oca-

siones ha conducido a una posición general antiteórica que también condenaba otras perspectivas igualmente críticas de las limitaciones de un enfoque positivista. Nosotros continuamos creyendo que la búsqueda de la coherencia seguirá siendo obligatoria para una ciencia social histórica reconstruida.

Con todo, el ascenso de los estudios culturales tuvo un impacto en las ciencias sociales que en cierto modo es análogo a algunos nuevos acontecimientos en la ciencia. Así como los nuevos argumentos de los científicos naturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, del mismo modo los argumentos de los defensores de los estudios culturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias sociales y de las humanidades. Esos proyectos culturalistas han desafiado todos los paradigmas teóricos existentes, incluso los que tenían una posición crítica frente a la ciencia social nomotética de la corriente principal. El apoyo a esas posiciones procedía de todas las diversas disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales, y eso produjo formas de cooperación intelectual que han ignorado la línea tradicional entre las humanidades y las ciencias sociales.

Antes de 1945 las ciencias sociales estaban interiormente divididas entre las dos culturas y había muchas voces que afirmaban que las ciencias sociales debían desaparecer, fundiéndose ya fuera con las ciencias naturales o con las humanidades, según las preferencias de cada quien. En cierto sentido se pedía a las ciencias sociales que aceptaran la realidad profunda del concepto de dos culturas e ingresaran a una u otra en sus *propios términos*. Actualmente el descubrimiento de temas y enfoques comunes parece estar produciéndose sobre distintas bases que en el pasado. Los

científicos naturales hablan de la flecha del tiempo que es lo que siempre ha tenido un lugar central para el ala más humanista de las ciencias sociales. Al mismo tiempo los estudiosos de la literatura empiezan a hablar de "teoría". Por hermenéutica que sea su teorización y por hostil que se proclame a las narrativas maestras, teorizar no es cosa que los estudiosos literarios acostumbraran hacer. No hay duda de que no se trata del tipo de teoría que siempre ha sido central para el trabajo del ala más cientista de las ciencias sociales; sin embargo, para un grupo que da tanta importancia al uso de los términos, es por lo menos notable que los defensores de los estudios culturales hayan convertido el término "teoría" en una de sus palabras clave.

No se puede hablar de un verdadero acercamiento entre las múltiples expresiones de las dos (o tres) culturas, pero los debates han hecho surgir dudas acerca de la claridad de las distinciones y parecería que avanzamos en dirección a una visión menos contradictoria de los múltiples campos de conocimiento. En una forma extraña, los desplazamientos de los puntos de vista en todos los campos parecen más acercarse que apartarse de los puntos de vista tradicionales de las ciencias sociales. ¿Significa esto que estamos en proceso de superar el concepto de dos culturas? Es demasiado temprano para decirlo. Lo que está claro es que la división tripartita entre ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades ya no es tan evidente como otrora parecía. Además, ahora parece que las ciencias sociales ya no son un pariente pobre, de alguna manera desgarrado entre los dos clanes polarizados de las ciencias naturales y las humanidades: más bien han pasado a ser el sitio de su potencial reconciliación.

3. ¿QUÉ TIPO DE CIENCIA SOCIAL DEBEMOS CONSTRUIR AHORA?

> En cualquier circunstancia social sólo hay un número limitado de maneras de enfrentar un choque de valores. Uno es la segregación geográfica ... Otra manera más activa es salirse ... Una tercera manera de enfrentar la diferencia individual o cultural es a través del diálogo. Aquí, en principio, un choque de valores puede operar con signo positivo –puede ser un medio para aumentar la comunicación y la autocomprensión ... Finalmente, un choque de valores puede resolverse por medio del uso de la fuerza o de la violencia ... En la sociedad globalizante en que hoy vivimos, dos de esas cuatro opciones han sufrido una reducción drástica.
>
> ANTHONY GIDDENS*

¿Cuáles son las implicaciones de los múltiples debates ocurridos desde 1945 dentro de las ciencias sociales para el tipo de ciencia social que debemos construir ahora?, e ¿implicaciones para qué, exactamente? Las implicaciones intelectuales de esos debates no son del todo consonantes con la estructura organizacional de la ciencias sociales que heredamos. Así, al tiempo que empezamos a resolver los debates intelectuales, debemos decidir qué hacer en el nivel organizacional. Es posible que lo primero sea más fácil que lo segundo.

* *Beyond left and right*, Cambridge, Polity, 1995, p. 19.

La cuestión más inmediata se refiere a la estructura organizacional de las propias ciencias sociales. Ante todo eran disciplinas, lo que significaba que se preponían conformar la preparación de futuros estudiosos; y eso lo hicieron eficazmente. Sin embargo, en último análisis, la preparación de estudiantes no ha sido el mecanismo de control más poderoso. Más fuerte era el hecho de que las disciplinas controlaban los patrones de la carrera de los estudiosos una vez terminada su preparación. En general, tanto los cargos docentes como los de investigación en las universidades así como las estructuras de investigación requerían un doctorado (o su equivalente), y para la mayoría de los cargos el doctorado era imprescindible que fuese en una disciplina específica. Publicar trabajos en los periódicos oficiales y cuasioficiales de la disciplina a la que la persona estaba organizacionalmente vinculada era, y en general sigue siendo, un paso necesario par profesar en la carrera. Todavía se aconseja a los estudiantes de posgrado (y es un buen consejo) que obtengan sus títulos en una disciplina de las consideradas estándar; los estudiosos tienden a asistir principalmente a las reuniones nacionales (e internacionales) de su propia disciplina. Las estructuras disciplinarias han cubierto a sus miembros con una reja protectora, y no han alentado a nadie a cruzar las líneas.

Por otra parte, los prerrequisitos disciplinarios han ido descomponiéndose en algunos espacios académicos que han adquirido importancia después de 1945. La serie mundial de coloquios y conferencias que han ocupado un lugar tan central para la comunicación científica en las últimas décadas han tendido a reclutar sus participantes de acuerdo con el objeto de estudio concreto, en general sin prestar mucha atención a la afiliación disciplinaria, y actualmente

existe un número creciente de revistas científicas de primera magnitud que deliberadamente ignoran las fronteras disciplinarias. Y por supuesto las múltiples cuasidisciplinas o "programas nuevos" que han surgido constantemente en el último medio siglo suelen estar compuestos por personas tituladas en múltiples disciplinas.

Y lo más importante es la eterna batalla por la asociación de recursos, que en los últimos años se ha hecho más feroz debido a las limitaciones presupuestarias, después de un largo periodo de continua expansión del presupuesto. A medida que nuevas estructuras disciplinarias recién aparecidas formulan demandas cada vez mayores de recursos universitarios e intentan controlar cada vez más directamente los futuros nombramientos, tienden a reducir el poder de las principales disciplinas existentes. En esa batalla los grupos que actualmente tienen menos financiamiento tratan de definir justificaciones intelectuales abstractas a las modificaciones que proponen para la asignación de recursos. Es aquí donde se producirá la mayor presión organizacional para la reestructuración de las ciencias sociales. El problema es que esa presión en favor del realineamiento de las estructuras organizacionales sobre la base de nuevas categorías intelectuales se da país por país y universidad por universidad. Y a menudo la iniciativa no es de estudiosos activos sino de administradores, cuyas preocupaciones a veces son más presupuestales que intelectuales. La perspectiva que se nos presenta es de dispersión organizacional con una multiplicidad de nombres, similar a la situación que existía en la primera mitad del siglo XIX. Esto significa que entre, digamos, 1850 y 1945 el proceso de establecimiento de las disciplinas consistió en reducir el número de categorías en que podía dividirse la ciencia social a

una lista limitada que fue más o menos aceptada en todo el mundo y a la cual nos hemos acostumbrado. Ya hemos descrito cómo y por qué desde entonces para acá el proceso ha comenzado a moverse en dirección contraria, quizá convenga reflexionar acerca de la racionalidad del patrón que está apareciendo.

Esos problemas organizacionales, desde luego, se complican enormemente por la difuminación del patrón trimodal de los supercampos: las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. Por lo tanto la cuestión ya no es solamente la de la posible reconfiguración de las fronteras organizacionales dentro de las disciplinas de las ciencias sociales, sino la de la posible reconfiguración de las estructuras más amplias de las llamadas facultades. Desde luego que esa lucha por las fronteras ha sido incesante, pero hay momentos en el tiempo en los que se buscan realineaciones mayores, y no menores. La primera parte del siglo XIX presenció un patrón similar de realineaciones mayores que ya hemos descrito en este trabajo. La cuestión que se nos plantea ahora es si la primera parte del siglo XXI será un momento similar.

Hay un tercer nivel posible de reestructuración; no se trata sólo de las fronteras de los departamentos dentro de las facultades y las fronteras de las facultades dentro de las universidades. Parte de la reestructuración del siglo XIX implicó la resurrección de la universidad misma como principal sede de la creación y reproducción del conocimiento. La enorme expansión del sistema universitario en todo el mundo después de 1945, en términos del número de instituciones, del personal docente y de estudiantes, ha conducido a una fuga de las actividades de investigación a niveles aún más "altos" del sistema educacional. Antes de 1945 todavía había investigadores que enseñaban en escuelas secundarias. Para 1990, no

sólo ya no ocurría eso, sino que muchos profesores evitaban todo lo posible enseñar en el primer nivel o el nivel más bajo del sistema universitario. Hoy día algunos incluso evitan enseñar a estudiantes de doctorado. En consecuencia ha habido un gran aumento de los "institutos de estudios avanzados" y otras estructuras no docentes.

Del mismo modo, en el siglo XIX el principal espacio de comunicación intelectual eran las reuniones académicas nacionales y las publicaciones periódicas científicas nacionales. A medida que esas estructuras fueron superpoblándose, vinieron a remplazarlas en cierta medida los coloquios que han florecido en todo el mundo desde 1945. Ahora también ese campo está superpoblado y vemos surgir pequeñas estructuras perdurables de profesionales que están físicamente separados, desde luego con la ayuda de los grandes avances en las comunicaciones que ofrecen las redes electrónicas. Todos estos procesos plantean por los menos la cuestión de si en los próximos cincuenta años las universidades, como tales, continuarán siendo la principal base organizacional de la investigación académica, o si otras estructuras —institutos de investigación independientes, centros de estudios avanzados, redes, comunidades epistémicas por medios electrónicos— las sustituirán en una forma significativa. Estos procesos podrían representar ajustes muy positivos frente a los problemas inherentes a la enorme expansión de las estructuras universitarias. Pero si se considera deseable o inevitable que la investigación se separe en una medida significativa de la enseñanza y del sistema universitario, hará falta un esfuerzo mayor por obtener la legitimación pública de ese proceso, o se corre el riesgo de no contar con las bases materiales necesarias para sostener la investigación académica.

Estos problemas organizacionales, que desde luego no se limitan a las ciencias sociales, conforman el contexto en el que tendrán lugar las clarificaciones intelectuales. Hay probablemente tres problemas teórico/metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos eurísticos a fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento. El primero se refiere a la relación entre el investigador y la investigación. A comienzos de este siglo Max Weber resumió la trayectoria del pensamiento moderno como el "desencantamiento del mundo". Obviamente, la frase no hacía más que describir un proceso que se había desarrollado durante varios siglos. En *La nouvelle alliance* Prigogine y Stengers piden un "reencantamiento del mundo". El concepto de "desencantamiento del mundo" representaba la búsqueda de un conocimiento objetivo no limitado por ninguna sabiduría o ideología revelada y/o aceptada. En las ciencias sociales representaba la demanda de que la historia no se reescribiera en nombre de las estructuras de poder existentes. Esa demanda fue un paso esencial en la liberación de la actividad intelectual de presiones externas incapacitantes y de la mitología, y aún sigue siendo válida. No queremos mover el péndulo hacia atrás y encontrarnos de nuevo en la situación de la cual el desencantamiento del mundo trataba de rescatarnos.

El llamado al "reencantamiento del mundo" es diferente: no es un llamado a la mistificación. Es un llamado a derribar las barreras artificiales entre los seres humanos y la naturaleza, a reconocer que ambas forman parte de un universo único enmarcado por la flecha del tiempo. El reencantamiento del mundo se propone liberar aún más el pensamiento humano. El problema fue que, en el intento de liberar el espíritu humano, el concepto del científico neutral

(propuesto no por Weber sino por la ciencia social positivista) ofrecía una solución imposible al laudable objetivo de liberar a los estudios de cualquier ortodoxia arbitraria. Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reencantamiento del mundo en una práctica de trabajo razonable no será fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente.

El segundo problema es cómo reinsertar el tiempo y el espacio como variables constitutivas internas en nuestros análisis y no meramente como realidades físicas invariables dentro de las cuales existe el universo social. Si consideramos que los conceptos de tiempo y espacio son variables socialmente construidas que el mundo (y el científico) utiliza para afectar e interpretar la realidad social, nos vemos frente a la necesidad de desarrollar una metodología con la cual coloquemos esas construcciones sociales en el centro de nuestro análisis pero en tal forma que no sean vistas ni utilizadas como fenómenos arbitrarios. En la medida en que logremos hacer esto, la distinción ya superada entre las epistemologías idiográfica y nomotética perderá cualquier significado cognitivo que todavía conserve. Sin embargo, decirlo es más fácil que hacerlo.

El tercer problema que se nos presenta es el de cómo superar las separaciones artificiales erigidas en el siglo XIX ente los reinos, supuestamente autóno-

mos, de lo político, lo económico y lo social (o lo cultural o lo socio-cultural). En la práctica actual de los científicos sociales esas líneas suelen ser ignoradas *de facto*. Pero la práctica actual no concuerda con los puntos de vista oficiales de las principales disciplinas. Es preciso enfrentar directamente la cuestión de la existencia de esos reinos separados, o más bien reabrirla por entero. Una vez que eso ocurra y empiecen a arraigar nuevas formulaciones, es posible que se vayan aclarando las bases intelectuales para la reestructuración de las disciplinas.

Una última advertencia: si el investigador no puede ser "neutral" y si el tiempo y el espacio son variables internas en el análisis, entonces se sigue que la tarea de reestructuración de las ciencias sociales debe ser resultado de la interacción de estudiosos procedentes de todos los climas y de todas las perspectivas (tomando en cuenta género, raza, clase y culturas lingüísticas), y que esa interacción mundial sea real y no una mera cortesía formal que encubra la imposición de las opiniones de un segmento de los científicos del mundo. No será nada fácil organizar esa interacción mundial en una forma significativa y por lo tanto éste es otro obstáculo en nuestro camino. Sin embargo, la superación de este obstáculo podría ser la clave para superar todos los demás.

¿Qué podemos concluir entonces acerca de los posibles pasos que podrían darse para "abrir la ciencia social"? No hay ningún plano fácilmente accesible en base al cual podamos decretar una reorganización de las estructuras de conocimiento. Lo que nos interesa más bien es alentar la discusión colectiva y hacer algunas sugerencias sobre caminos por los cuales quizá se podría llegar a soluciones. Antes de considerar propuestas de reestructuración nos parece que hay varias dimensiones importantes que merecen

debates y análisis más completos. Se trata de: 1] las implicaciones de rechazar la distinción ontológica entre los seres humanos y la naturaleza, distinción que forma parte del pensamiento moderno por lo menos desde Descartes; 2] las implicaciones de negarse a considerar al estado como origen de las únicas fronteras posibles y/o primarias dentro de las cuales la acción social ocurre y debe ser analizada; 3] las implicaciones de aceptar la tensión interminable entre el uno y los muchos, lo universal y lo particular, como un rasgo permanente de la sociedad humana y no como un anacronismo; 4] el tipo de objetividad que es plausible a la luz de las premisas presupuestas por la ciencia.

1. *Los seres humanos y la naturaleza*

Las ciencias sociales han venido avanzando en dirección hacia un respeto cada vez mayor por la naturaleza; al mismo tiempo las ciencias naturales han ido desplazándose hacia una visión del universo como inestable e impredecible, y por lo tanto a concebir al universo como una realidad activa y no como un autómata sujeto a la dominación de los seres humanos, que de alguna manera están ubicados fuera de la naturaleza. Las convergencias entre las ciencias naturales y las ciencias sociales se hacen mayores en la medida en que las vemos a ambas dedicadas al estudio de sistemas complejos, en que los desarrollos futuros son resultado de otros procesos temporalmente irreversibles.

Algunos científicos sociales han respondido a los recientes descubrimientos de la genética conductista exigiendo una orientación más biológica de las ciencias sociales. Algunos incluso han empezado a revivir

las ideas del determinismo genético con base en inferencias del proyecto del genoma humano. Creemos que seguir ese camino sería un serio error y un retroceso para las ciencias sociales; más bien nos parece que la principal lección de los avances recientes de las ciencias naturales es que es necesario tomar más en serio que nunca la complejidad de la dinámica social.

Las utopías forman parte del objeto de estudio de las ciencias sociales, lo que no puede decirse de las ciencias naturales; y las utopías desde luego tienen que basarse en tendencias existentes. Si bien ahora tenemos claro que no hay certeza sobre el futuro ni puede haberla, sin embargo las imágenes del futuro influyen en el modo en que los seres humanos actúan en el presente. La universidad no puede mantenerse aparte de un mundo en el cual, una vez excluida la certeza, el papel del intelectual necesariamente está cambiando y la idea del científico neutral está sometida a un cuestionamiento severo, como ya hemos documentado. Los conceptos de utopías están relacionados con ideas de progreso posible, pero su realización no depende simplemente del avance de las ciencias naturales como muchos pensaban, sino más bien del aumento de la creatividad humana y de la expresión del ser en este mundo complejo.

Venimos de un pasado social de certezas en conflicto, relacionadas con la ciencia, la ética o los sistemas sociales, a un presente de cuestionamiento considerable, incluyendo el cuestionamiento sobre la posibilidad intrínseca de la certeza. Es posible que estemos presenciando el fin de un tipo de racionalidad que ya no es apropiada para nuestro tiempo. Pedimos que se ponga el acento en lo complejo, lo temporal y lo inestable, que corresponde hoy a un movimiento transdisciplinario que adquiere cada vez

mayor vigor. Esto de ninguna manera significa que pidamos el abandono del concepto de racionalidad sustantiva. Como bien dijo Whitehead, el proyecto que sigue siendo central, tanto para los estudiosos de la vida social humana como para los científicos naturales, es la inteligibilidad del mundo: "ordenar un sistema de ideas generales coherente, lógico y necesario en cuyos términos sea posible interpretar cualquier elemento de nuestra experiencia..."[8]

En la elección de futuros posibles los recursos son una cuestión altamente política, y la demanda de la expansión de la participación en la toma de decisiones es mundial. Llamamos a las ciencias sociales para que se abran a estas cuestiones. Sin embargo, este llamado no es en modo alguno como el que se hizo en el siglo XIX por una física social, sino más bien un reconocimiento de que aunque las explicaciones que podemos dar de la estructuración histórica del universo natural y de la experiencia humana no son en ningún sentido idénticas, tampoco son contradictorias, y ambas están relacionadas con la evolución. En los últimos doscientos años el mundo real ha impuesto los problemas políticos del momento a la actividad intelectual, conminando a los científicos para que definieran fenómenos particulares como universales debido a sus implicaciones en la situación política inmediata. Hoy el problema es el de escapar a las constricciones pasajeras de lo contemporáneo para llegar a interpretaciones más duraderas y más útiles de la realidad social. En la diferenciación y especialización necesarias de las ciencias sociales hemos prestado demasiada atención a un problema social general derivado de la creación de conocimiento:

[8] A. N. Whitehead, *Process and reality*, ed. corr., Nueva York, Macmillan, 1978, p. 3.

cómo evitar una brecha entre los que saben y los que no saben.

La responsabilidad de ir más allá de esas presiones inmediatas no es sólo de los científicos sociales activos, es también de las burocracias intelectuales —los administradores de universidades, las asociaciones de estudiosos, las fundaciones y los organismos gubernamentales responsables de la educación y la investigación. Implica el reconocimiento de que los principales problemas que enfrenta una sociedad compleja no se pueden resolver descomponiéndolos en pequeñas partes que parecen fáciles de manejar analíticamente, sino más bien abordando estos problemas, a los seres humanos y a la naturaleza, en toda su complejidad y en sus interrelaciones.

2. *El estado como bloque de construcción analítico*

Las ciencias sociales han sido muy estadocéntricas, en el sentido de que los estados constituían el marco, supuestamente evidente, dentro del cual tenían lugar los procesos analizados por las ciencias sociales. Esto era especialmente cierto para las ciencias que estudiaban (por lo menos hasta 1945) esencialmente el mundo occidental —la historia y el trío de las ciencias sociales nomotéticas (la economía, la ciencia política y la sociología). Desde luego que ni la antropología ni los estudios orientales eran estadocéntricos, pero eso se debía a que las zonas de que se ocupaban esos estudiosos no eran consideradas como sede de estructuras sociales modernas. Se daba por sentado que las estructuras sociales modernas estaban en los estados modernos. Después de 1945, con el ascenso de los estudios de área y la consiguiente expansión del dominio empírico de la historia y las tres ciencias

sociales nomotéticas hacia el mundo no occidental, también esas áreas no occidentales pasaron a ser tema de análisis estadocéntricos. El concepto de "desarrollo", que fue el concepto clave después de 1945, se refería ante todo, y sobre todo, al desarrollo de cada estado tomado como entidad individual.

Indudablemente siempre hubo algunos científicos sociales que no consideraban que el estado —el estado actual, el estado histórico (que se remontaba hacia atrás hasta las épocas preestatales), el estado putativo —fuese una unidad tan natural que su primacía analítica no necesitara justificación. Pero esas voces discordantes eran pocas y no muy fuertes en el periodo comprendido entre 1850 y 1950. El carácter evidente del estado como frontera natural de la vida social empezó a ser objeto de un cuestionamiento mucho más serio después de 1970, como resultado de la coyuntura que no era accidental, de dos transformaciones. La primera fue una transformación en el mundo real: en la visión, tanto académica como popular, los estados parecieron perder su aspecto promisorio como agentes de la modernización y el bienestar económico. La segunda es la de los cambios en el mundo del conocimiento que ya hemos descrito, y que llevó a los estudiosos a echar una nueva mirada a presuposiciones que antes eran indiscutibles.

Entonces, el conocimiento cierto que nos habían prometido los científicos sociales apareció como una consecuencia evidente de su fe en el progreso: hallaba expresión en la creencia en constantes mejoras, que serían obra de "expertos", proceso en el cual el estado que las "permitía" desempeñaría un papel clave en el esfuerzo por reformar la sociedad. Se esperaba que las ciencias sociales acompañaran ese proceso de mejora racional y gradual, y de ahí parecía

seguirse que las fronteras del estado fueran vistas como el marco natural dentro del cual se darían tales mejoras. Por supuesto que en el mundo del conocimiento la visión simplista del progreso ha sido contestada continuamente, incluso dentro de las ciencias sociales (por ejemplo a fines del siglo XIX), pero todos los cuestionamientos anteriores habían parecido disolverse frente a las continuas realizaciones tecnológicas. Además, el impulso básico hacia la democratización conducía en todas partes a un constante aumento de las demandas hechas al estado, a llamados urgentes al estado para que utilizara su poder fiscal y presupuestal para mejorar y redistribuir. Por lo tanto, el estado como proveedor de progreso parecía teóricamente seguro.

Pero en las últimas décadas, a medida que las redistribuciones aumentaban con menor rapidez que las crecientes demandas de redistribución, empezó a parecer que los estados ofrecían cada vez menos satisfacción y no cada vez más, y así a partir de la década de 1960 empezó a generarse cierto grado de desilusión. En la medida en que desde entonces las transformaciones del mundo han servido para alimentar en la mayor parte del globo un profundo escepticismo sobre hasta dónde las mejoras prometidas pueden ser realmente factibles, y en particular sobre si las reformas del estado provocan mejoras reales, la calidad natural del estado como unidad de análisis se ha visto seriamente amenazada. "Pensar globalmente, actuar localmente" es un lema que muy deliberadamente excluye al estado, y representa una suspensión de la fe en el estado como mecanismo de reforma. En la década de 1950 habría sido imposible: tanto las personas comunes como los científicos pensaban en el nivel estatal y actuaban en el nivel estatal.

En vista de ese viraje de la acción en el nivel estatal

—que parecía garantizar un futuro seguro— hacia la acción en los niveles global y local —que parecen mucho más inciertas y difíciles de manipular—muchos pensaron que los nuevos modos de análisis, tanto de los científicos naturales como de los defensores de los estudios culturales, ofrecían modelos más plausibles. Ambos foros de análisis tomaban las incertidumbres (y los localismos) como variables analíticas centrales que no debían ser enterradas en un universalismo determinista. En consecuencia, la naturaleza evidente de los estados como contenedores conceptuales —derivado analítico en las ciencias sociales, tanto de la historia idiográfica como de las ciencias sociales universalistas— quedó abierta al cuestionamiento serio y al debate.

Obviamente el pensamiento estadocéntrico no había excluido el estudio de las relaciones entre los estados, o relaciones internacionales como se le llama común y erróneamente, y dentro de cada una de las ciencias sociales existían subcampos dedicados al llamado espacio internacional. Se habría podido imaginar que fueran estudiosos de esos subcampos los primeros en responder al desafío que el creciente interés en los fenómenos transestatales planteó a los marcos analíticos de las ciencias sociales, pero en realidad no ocurrió así. El problema era que los estudios internacionales se basaban en las premisas de un marco estadocéntrico, tanto como cualquier otra área de las ciencias sociales. Principalmente adoptaban la forma de estudios comparativos en los que los estados eran la unidad a comparar, o de estudios de política exterior que tenían por objeto el estudio de las políticas de unos estados hacia otros, en lugar del estudio de las nacientes características de las estructuras transestatales. Las ciencias sociales institucionalizadas ignoraron por mucho tiempo el

estudio de las complejas estructuras que existen en el nivel global, así como el de las complejas estructuras que existen en niveles más locales.

Desde fines de la década de 1960 ha habido numerosos intentos –dentro de cada una de las disciplinas y transversalmente a las disciplinas– de reducir el estadocentrismo. En la mayoría de los casos eso ha ido unido a la historización y en particular al uso de periodos más largos para el análisis empírico. Ese desplazamiento de la unidad de análisis se ha dado con muchas etiquetas, tales como economía política internacional, estudio de las ciudades mundiales, economía institucional global, historia mundial, análisis de sistemas mundiales y estudios civilizatorios. Al mismo tiempo ha habido un renovado interés por las "regiones" –tanto las vastas regiones transestatales (por ejemplo, la reciente preocupación por el Asia Oriental como región dentro del mundo total) y las regiones pequeñas ubicadas dentro de estados (por ejemplo, el concepto de protoindustrialización en historia económica). No es éste el lugar para examinar cada uno de ellos en sus coincidencias y diferencias, pero sí denotar que cada uno a su manera desafiaba los presupuestos teóricos estadocéntricos de las ciencias sociales tal como habían sido institucionalizadas tradicionalmente. Todavía está por verse hasta dónde llegarán sus defensores impulsados por la lógica de sus posiciones. Hay algunos que proponen una ruptura con las disciplinas tradicionales en lugar de quedarse a bordo de ellas, deseoso de unirse a una nueva heterodoxia basada en referentes espaciales globales.

El estadocentrismo de los análisis de la ciencia social tradicional era una simplificación teórica que incluía la suposición de espacios homogéneos y equivalentes, cada uno de los cuales constituía un sistema

autónomo que operaba en gran medida por medio de procesos paralelos. Las limitaciones de ese tipo de simplificación deberían ser aún más evidentes en el estudio de sistemas sociales históricos complejos de lo que lo fueron en el estudio de fenómenos atómicos y moleculares, en los cuales tales métodos hoy son vistos como algo del pasado.

Desde luego el rechazo del estado como contenedor socio-geográfico indicado para el análisis social de ningún modo significa que el estado ya no sea visto como una institución clave en el mundo moderno que tiene influencias profundas en procesos económicos, culturales y sociales. Está claro que el estudio de todos esos procesos requiere una comprensión de los mecanismos del estado; lo que no requiere es la suposición de que el estado es la frontera natural, o incluso la más importante, de la acción social. Al desafiar la eficacia de la organización del conocimiento social en unidades definidas por fronteras estatales, los recientes procesos de las ciencias sociales implican algunas transiciones significativas en los objetos de investigación científica social. Una vez que abandonamos el supuesto estadocéntrico, que ha sido fundamental para la historia y las ciencias sociales nomotéticas en el pasado, y aceptamos que esa perspectiva puede ser a menudo un obstáculo para hacer inteligible al mundo, inevitablemente no planteamos cuestiones sobre la estructura misma de las divisiones disciplinarias que crecieron en torno a ese supuesto y que en realidad se basaban en él.

3. *Lo universal y lo particular*

La tensión entre lo universal y lo particular en las ciencias sociales siempre ha sido objeto de un debate

apasionado, porque siempre ha sido visto como un punto con implicaciones políticas inmediatas, y eso ha impedido su estudio sereno. La reacción romántica ante las concepciones de la Ilustración y su reformulación se centraron en torno a este tema, y ese debate no estuvo desconectado de las controversias políticas de la época napoleónica en cuanto culminación de procesos iniciados por la Revolución francesa. En las discusiones contemporáneas sobre las ciencias políticas el tema ha vuelto al primer plano en gran parte como resultado de la reafirmación política del mundo no occidental combinada con la paralela afirmación política de grupos dentro del mundo occidental que consideran que han sido culturalmente oprimidos. Ya hemos hablado de las varias formas que ha tomado ese debate dentro de las ciencias sociales. Una importante consecuencia organizacional de la resurrección de ese debate ha sido el llamado a una ciencia social más "multicultural" o intercultural.

El esfuerzo por insertar nuevas premisas en el marco teórico de las ciencias sociales, premisas que respondan a esa demanda por una ciencia social más multicultural, se ha encontrado con una resurrección del darwinismo social en diversos aspectos. El darwinismo social es una variante particular y bastante influyente de la doctrina del progreso inevitable. Su argumento clave ha sido esencialmente que el progreso es el resultado de la lucha social en que la competencia triunfa, y que interferir con esa lucha social es interferir con el progreso social. En algunos casos esos argumentos han sido reforzados por el determinismo genético ya mencionado. El discurso del darwinismo social califica de irracional y/o irrealista cualquier concepción asociada con los perdedores en el proceso evolutivo de la "supervivencia del

más apto". Esa condena categórica a menudo ha alcanzado a todos los valores de los grupos que no tienen posiciones sociales poderosas, así como a los proyectos alternativos que no comparten la creencia en la vinculación inevitable entre industrialización, modernización y occidentalización.

La racionalidad tecnocrática, que se presenta como la versión más avanzada del racionalismo moderno, ha sido en muchos sentidos un avatar del darwinismo social. También ella niega legitimidad a cualquier concepto que no encaje en un modelo de racionalidad de medios y fines, así como a cualquier institución que no tenga una utilidad funcional inmediata. El marco que ubica a los individuos principalmente dentro de estados ha tendido a tratar a los actores que no encajan en ese marco como vestigios de épocas premodernas destinados a ser eventualmente eliminados por el avance del progreso. Han calificado de anticientífico cualquier tratamiento serio de los innumerables conceptos, valores, creencias, normas e instituciones ubicadas en esa categoría. En muchos casos han llegado a olvidar la existencia misma de esas visiones alternativas del mundo y de sus portadores, suprimiéndolos de la memoria colectiva de las sociedades modernas.

El hecho nuevo que ocurre en la actualidad es la vigorosa negativa de gran número de personas y de estudiosos a aceptar esa negación de las escalas de valores alternativas, y ha sido reforzada por el (re)descubrimiento de grandes irracionalidades sustantivas que forman parte del pensamiento racional moderno. Por lo tanto la cuestión que se nos plantea es la de cómo tomar en serio, en nuestra ciencia social, una pluralidad de visiones del mundo sin perder el sentido de que existe la posibilidad de conocer y realizar escalas de valores que puedan efectivamente

ser comunes o llegar a ser comunes a toda la humanidad. La tarea clave es la de hacer estallar el lenguaje hermético utilizado para describir a personas y grupos que son "otros", o que son meros objetos de los análisis de la ciencia social, en contraste con los sujetos que tienen legitimidad y pleno derecho, entre los cuales los analistas se ubican a sí mismos. Hay aquí una confusión o superposición inevitable entre lo ideológico y lo epistemológico. Para gran número de los científicos sociales no occidentales la distinción entre lo político, lo religioso y lo científico no parece ser enteramente razonable o válida.

Muchos de los críticos del parroquialismo han destacado hasta ahora la agenda negativa, que incluye la necesidad de negar los falsos universalismos. Han cuestionado la adecuación de principios supuestamente universalistas en una serie de casos singulares, y/o la posibilidad o deseabilidad del universalismo, y en su lugar han propuesto categorías cuasidisciplinarias definidas por grupos sociales. Hasta ahora el principal resultado ha sido, en gran parte, la multiplicación de los particularismos. Más allá del argumento obvio de que es preciso reconocer las voces de los grupos dominados (y por eso mismo en gran parte ignorados hasta ahora), está la tarea más ardua de demostrar en qué forma la incorporación de las experiencias de esos grupos es fundamental para alcanzar un conocimiento objetivo de los procesos sociales.

Nosotros destacaríamos que el universalismo siempre es históricamente contingente. En consecuencia, en lugar de demostrar una vez más lo que las ciencias sociales se han perdido al excluir gran parte de la experiencia humana, deberíamos pasar a demostrar lo que gana nuestra comprensión de los procesos sociales cuando incluimos segmentos cada vez mayo-

res de las experiencias históricas del mundo. Sin embargo, por parroquiales que hayan sido las versiones anteriores del universalismo, no parece sensato simplemente dejar el terreno de las disciplinas tradicionales a los que persisten en esos parroquialismos. Para restaurar el equilibrio será necesario examinar el caso dentro de las disciplinas existentes, al mismo tiempo que se establecen nuevos canales para el diálogo y el intercambio más allá (y no solamente entre) las disciplinas existentes.

Nosotros además propondríamos con urgencia la más completa realización de una academia multilingüe. La elección de la lengua a menudo predetermina el resultado. Para tomar un ejemplo muy obvio, los conceptos de *middle class*, *bourgeoisie* y *bürgertum* (presumiblemente similares) definen en realidad categorías significativamente diferentes e implican mediciones empíricas diferentes. El mínimo que podemos esperar de las científicos sociales es que tengan conciencia de la extensión de los reinos de significación conceptual. Un mundo en el que todos los científicos sociales tuvieran un dominio operativo de varias de las principales lenguas académicas sería un mundo en el que se harían mejores ciencias sociales. El conocimiento de distintas lenguas abre la mente del estudioso a otros modos de organización del conocimiento y podría ser un gran avance hacia la creación de una comprensión operativa y útil de las interminables tensiones de la antinomia entre universalismo y particularismo. Pero el multilingüismo sólo puede prosperar si adquiere legitimación organizacional e intelectual: por medio del uso efectivo de múltiples lenguas en la pedagogía; también por el uso real de múltiples lenguas en los encuentros científicos.

El diálogo y el intercambio sólo pueden existir si hay un respeto básico entre los colegas. Sin embargo,

la retórica colérica que hoy invade esas discusiones es un reflejo de las tensiones sociales subyacentes, pero no se resolverá con simples llamados al debate civilizado. Es preciso responder simultáneamente a las demandas de relevancia (aplicabilidad, validez) universal y reconocer a la vez la continuada calidad de una multiplicidad de culturas; y eso dependerá de la imaginación de nuestras respuestas organizacionales y de cierta tolerancia para la experimentación intelectual en las ciencias sociales. Las ciencias sociales deberían emprender un proceso de apertura muy amplio hacia la investigación y la enseñanza de todas las culturas (sus ciudades, pueblos) en la búsqueda de un universalismo pluralista renovado, ampliado y significativo.

4. *Objetividad*

La cuestión de la objetividad siempre ha sido central en los debates metodológicos de las ciencias sociales desde su iniciación. Ya hemos dicho al principio de este informe que la ciencia social fue, en el mundo moderno, el intento "de desarrollar conocimiento sistemático y secular acerca de la realidad, con algún tipo de validación empírica". El término objetividad ha sido utilizado para representar intentos adecuados destinados a alcanzar ese objetivo. El significado de objetividad ha estado muy vinculado a la intuición de que el conocimiento no es *a priori*, de que la investigación puede enseñarnos cosas que no sabíamos, presentarnos sorpresas en términos de nuestras expectativas previas.

Se consideraba que lo opuesto de lo "objetivo" era lo "subjetivo", casi siempre definido como la intrusión de las tendencias del investigador en la recolec-

ción e interpretación de los datos. Se pensaba que eso distorsionaba los datos y por lo tanto reducía su validez. Pero entonces, ¿cómo ser objetivos? En la práctica, distintas ciencias sociales tomaron diferentes caminos en la búsqueda de ese objetivo, y predominaron dos modelos. Las ciencias sociales más nomotéticas destacaron el modelo de eliminar el peligro de la subjetividad maximizando "la dureza" de los datos, es decir, su mensurabilidad y comparabilidad. Eso las llevó hacia la recolección de datos sobre el momento presente, cuando el investigador tiene más probabilidades de poder controlar la calidad de los datos. Los historiadores idiográficos analizaron el problema de otro modo y se pronunciaron en favor de las fuentes primarias, no tocadas (no distorsionadas) por personas intermediarias (estudiosos anteriores) y en favor de los datos con los cuales el investigador no se involucre personalmente. Eso los llevó hacia los datos creados en el pasado, y por lo tanto acerca del pasado, y hacia los datos cualitativos, en los que la riqueza del contexto podía llevar al investigador a comprender la plenitud de las motivaciones implicadas, en contraste con una situación en la que el investigador simplemente extrapola su propio modelo, considerado como su propio prejuicio, y lo proyecta sobre los datos.

Siempre se han expresado dudas acerca del grado en que cada uno de estos enfoques nos permite alcanzar datos objetivos. En las últimas décadas esas dudas se han expresado con mucha fuerza, como resultado de la situación de cambio en las ciencias sociales que hemos venido describiendo. Un tipo de pregunta que se ha planteado es ¿"objetividad *de quién*"? Plantear la cuestión en esa forma implicaba escepticismo e incluso duda total acerca de la posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo. Algunos

incluso sugirieron que lo que se considera conocimiento objetivo es simplemente el conocimiento de los que tienen más fuerza social y política.

Nosotros concordamos en que todos los estudiosos tienen sus raíces en un ambiente social determinado y por lo tanto utilizan inevitablemente presupuestos y prejuicios que interfieren con sus percepciones e interpretaciones de la realidad social. En este sentido no puede haber ningún estudioso "neutral". También concordamos en que una representación cuasifotográfica de la realidad social es imposible. Todos los datos son selecciones de la realidad con base en las visiones del mundo o los modelos teóricos de la época, filtrados por medio de las posiciones de grupos particulares en cada época. En este sentido las bases de selección se constituyen históricamente y siempre cambiarán inevitablemente a medida que cambie el mundo. Si lo que entendemos por objetividad es la de los estudiosos perfectamente desapegados que reproducen un mundo social exterior a ellos, entonces no creemos que tal fenómeno exista.

Pero objetividad puede tener otro sentido. Puede ser vista como el resultado del aprendizaje humano, que representa la intención del estudio y la evidencia de que es posible. Los estudiosos intentan convencerse mutuamente de la validez de sus hallazgos y de sus interpretaciones. Apelan al hecho de que han utilizado métodos replicables por otros, métodos cuyos detalles presentan abiertamente a los demás, y apelan a la coherencia y utilidad de sus interpretaciones para explicar la mayor cantidad de datos disponibles, cantidades mayores que las explicadas por otras explicaciones. En suma, se presentan al juicio intersubjetivo de todos los que practican la investigación o piensan sistemáticamente sobre el asunto de que se trate.

Aceptamos el hecho de que hasta ahora ese obje-

tivo no se ha realizado plenamente, ni siquiera frecuentemente. Aceptamos el hecho de que ha habido errores sistemáticos en las formas en que han procedido los científicos sociales en el pasado, y de que muchos han utilizado la máscara de la objetividad para perseguir sus propias visiones subjetivas. En efecto, hemos tratado de esbozar la naturaleza de esas distorsiones continuas y aceptamos el hecho de que esos errores no pueden ser reparados por simples llamados a un ideal de intersubjetividad, sino que requieren fortalecer las bases organizacionales del esfuerzo colectivo. Lo que no aceptamos es que se reduzca a la ciencia social a una miscelánea de visiones privadas, todas igualmente válidas.

Creemos que empujar a las ciencias sociales a combatir la fragmentación del conocimiento es empujarlas también en dirección a un grado significativo de objetividad. Creemos que insistir en que las ciencias sociales avancen hacia la inclusividad (en términos del reclutamiento de personal, la apertura a múltiples experiencias culturales, la lista de los temas de estudio legítimos) es tender a aumentar la posibilidad de un conocimiento más objetivo. Creemos que el énfasis en la historicidad de todos los fenómenos sociales tiende a reducir la tendencia a hacer abstracciones prematuras de la realidad y en definitiva ingenuas. Creemos que el cuestionamiento persistente en torno a los elementos subjetivos de nuestros modelos teóricos aumenta la probabilidad de que esos modelos sean relevantes y útiles. Creemos que la atención a los tres problemas examinados anteriormente —una mejor apreciación de la validez de la distinción ontológica entre los seres humanos y la naturaleza, una definición más amplia de las fronteras dentro de las cuales se produce la acción social y un balance adecuado de la antinomia entre universalismo y particu-

larismo— será una importante contribución a nuestros intentos de desarrollar el tipo de conocimiento más válido que queremos tener.

En resumen, el hecho de que el conocimiento sea una construcción social también significa que es socialmente posible tener un conocimiento más válido. El reconocimiento de las bases sociales del conocimiento no está en absoluto en contradicción con el concepto de objetividad. Por el contrario, sostenemos que la reestructuración de las ciencias sociales de que hemos venido hablando puede ampliar esa posibilidad al tomar en cuenta las críticas que se han formulado a la práctica pasada y al construir estructuras que sean más verdaderamente pluralistas y universales.

4. CONCLUSIÓN: LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

En este informe hemos tratado de mostrar tres cosas. La primera es cómo la ciencia social fue históricamente construida como una forma de conocimiento y por qué se dividió en un conjunto específico de disciplinas relativamente estándar en un proceso que tuvo lugar entre fines del siglo XVII y 1945. La segunda es las maneras en que los procesos mundiales ocurridos después de 1945 plantearon cuestiones acerca de esa división del trabajo intelectual y por lo tanto reabrieron los problemas de estructuración organizacional instaurada en el periodo anterior. La tercera es la elucidación de una serie de cuestiones intelectuales básicas sobre las cuales ha habido mucha discusión en estos últimos tiempos, y la sugerencia de una posición que nos parece óptima para seguir adelante. Ahora pasaremos a examinar de qué manera es posible reestructurar inteligentemente las ciencias sociales a la luz de esa historia y de esos debates recientes.

Para empezar debemos decir que no tenemos ninguna fórmula simple y clara, sino principalmente un conjunto de propuestas tentativas que en nuestra opinión van en la dirección correcta. Actualmente, como resultado de varios acontecimientos cuyas raíces históricas hemos tratado de explicar, las clasificaciones de las ciencias sociales no están claras. Por supuesto siempre es posible hacer ajustes (de hecho se hacen constantemente) que pueden mejorar algunas de las irracionalidades. Ciertamente no proponemos abolir la idea de la división del trabajo dentro de

las ciencias sociales, y creemos que ésta puede seguir adoptando la forma de disciplinas. Las disciplinas cumplen una función, la función de disciplinar las mentes y canalizar la energía de los estudiosos. Pero tiene que haber algún nivel de consenso acerca de la validez de las líneas divisorias para que éstas funcionen. Hemos tratado de indicar de qué modo la trayectoria histórica de la institucionalización de las ciencias sociales condujo a algunas grandes exclusiones de la realidad. La discusión sobre esas exclusiones significa que el nivel de consenso acerca de las disciplinas tradicionales ha disminuido.

La clasificación de las ciencias sociales se construyó en torno a dos antinomias que ya no tienen el amplio apoyo del que antaño disfrutaron: la antinomia entre pasado y presente y la antinomia entre disciplinas idiográficas y nomotéticas. Una tercera antinomia, entre el mundo civilizado y el mundo bárbaro, ya no tiene muchos defensores públicos, pero en la práctica continúa habitando la mentalidad de muchos estudiosos.

Además de los debates intelectuales en torno a la lógica de las divisiones disciplinarias actuales, existe el problema de los recursos. El principal modo administrativo de enfrentar las protestas acerca de las divisiones actuales ha sido la multiplicación de los programas interdisciplinarios docentes y de investigación, proceso que continúa floreciendo, puesto que constantemente se formulan nuevos reclamos, pero esa multiplicación requiere personal y dinero. Sin embargo, la realidad del mundo del conocimiento en la década de 1990, especialmente en comparación con la de décadas anteriores, es la limitación de recursos impuesta por las crisis fiscales en prácticamente todos los países. Al mismo tiempo que los científicos sociales, impulsados por las presiones in-

ternas generadas por sus dilemas intelectuales, intentan expandir el número y la variedad de las estructuras pedagógicas y de investigación, los administradores están buscando maneras de economizar y por lo tanto de consolidar. No queremos sugerir que haya habido demasiada multidisciplinariedad, nada más lejos de nuestra intención. Más bien queremos indicar que organizacionalmente ésta no ha ido tanto en dirección a unificar actividades como en dirección a la multiplicación del número de nombres y programas universitarios.

Esas dos presiones contrarias están destinadas a chocar, y el choque va a ser serio. Podemos esperar que los científicos sociales activos echen una mirada sincera a sus estructuras actuales y traten de hacer concordar sus percepciones intelectuales revisadas sobre una división del trabajo útil con el marco organizacional que necesariamente construyen. Si los científicos sociales activos no lo hacen, sin duda los administradores de las instituciones de conocimiento lo harán por ellos. Desde luego nadie está, ni es probable que llegue a estar, en posición de decretar una reorganización general, y tampoco sería necesariamente bueno que alguien lo hiciera. Sin embargo, la alternativa a una reorganización general, súbita y dramática, no es seguir ciegamente adelante como se pueda, en la esperanza de que de alguna manera las cosas mejorarán y se arreglarán solas, porque la confusión, la superposición y la escasez de recursos están aumentando simultáneamente, y en conjunto pueden llegar a constituir un bloqueo considerable a la creación de nuevo conocimiento.

Permítasenos recordar otra realidad de la situación actual. Hemos venido describiendo un patrón general en las ciencias sociales actuales, pero las clasificaciones detalladas varían de país a país y a

menudo de institución a institución. Además, en la actualidad el grado de cohesión y flexibilidad internas de las disciplinas varía de una a otra y, dentro de la misma, en todo el mundo. Por lo tanto la presión por el cambio no es uniforme; además, la presión por el cambio varía de acuerdo con las perspectivas teóricas de distintos científicos sociales y de acuerdo con el grado en que grupos particulares de científicos sociales participan más o menos directamente en actividades y preocupaciones de la burocracia estatal. Y finalmente, diferentes comunidades de científicos sociales se encuentran en diferentes situaciones políticas —situaciones políticas nacionales, situaciones políticas universitarias— y esas diferencias afectan sus intereses y por lo tanto el grado en que favorecen o se oponen a las reorganizaciones administrativas.

Desde luego podríamos simplemente recomendar más flexibilidad. Éste es el curso que hemos seguido efectivamente desde hace ya tres o cuatro décadas. En este sentido ha habido cierto grado de éxito, pero la atenuación del problema no ha ido a la misma velocidad que su intensificación. La razón es muy simple, el sentido de seguridad en las disciplinas en la mayoría de los casos tiende a pesar más en los pequeños espacios que constituyen los departamentos universitarios, en los cuales se encuentra, además, el poder real de la toma de decisiones cotidiana. Las fundaciones conceden fondos a grupos de estudiosos imaginativos, pero son los departamentos los que resuelven sobre las promociones y los planes de estudio. Las buenas motivaciones formuladas por individuos no siempre son eficaces para enfrentar presiones organizativas.

Lo que parece necesario no es tanto un intento de transformar las fronteras organizativas como una ampliación de la organización de la actividad intelec-

tual sin atención a las actuales fronteras disciplinarias. Después de todo, ser histórico no es propiedad exclusiva de las personas llamadas historiadores, es una obligación de todos los científicos sociales. Ser sociológico no es propiedad exclusiva de ciertas personas llamadas sociólogos sino una obligación de todos los científicos sociales. Los problemas económicos no son propiedad exclusiva de los economistas, las cuestiones económicas son centrales para cualquier análisis científico-social y tampoco es absolutamente seguro que los historiadores profesionales necesariamente sepan más sobre las explicaciones históricas, ni los sociólogos sepan más sobre los problemas sociales, ni los economistas sepan más sobre las fluctuaciones económicas que otros científicos sociales activos. En suma, no creemos que existan monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a las personas con determinado título universitario.

Ciertamente están apareciendo agrupamientos particulares de científicos sociales (e incluso de personas que no son científicos sociales) en torno a intereses o áreas temáticas específicos, desde la población hasta la salud, la lengua, etc. Hay grupos que surgen en torno al nivel de análisis (concentración en la acción social individual; concentración en los procesos sociales en gran escala y a largo plazo). Aparte de que las distinciones temáticas o la distinción "micro/macro" sean o no las formas ideales de organizar la división del trabajo en las ciencias sociales de hoy, pueden ser por lo menos tan plausibles como distinguir, por ejemplo, entre lo económico y lo político.

¿Dónde se encuentran las oportunidades de experimentación creativa? Puede haber muchas que el lector pueda identificar; nosotros podemos indicar algunas que se encuentran en puntos muy diferentes

del espectro académico. En un extremo se encuentra Estados Unidos, con la más alta densidad de estructuras universitarias en el mundo, y también una presión política interna muy fuerte, tanto en favor como en contra de la reestructuración de las ciencias sociales. En el otro extremo está África, donde las universidades son de construcción relativamente reciente y las disciplinas tradicionales no están fuertemente institucionalizadas. Allí, la extrema pobreza de recursos públicos ha creado una situación en que la comunidad de las ciencias sociales se ha visto obligada a innovar. No cabe duda de que en otras partes del mundo hay particularidades que permitirán una experimentación igualmente interesante. Un escenario de ese tipo es quizá el de los países poscomunistas, donde se está dando una gran reorganización académica y sin duda, a medida que Europa Occidental construye sus estructuras comunitarias, hay auténticas oportunidades de experimentación creativa en el sistema universitario.

En Estados Unidos las estructuras universitarias son múltiples, diversas y descentralizadas. Los problemas planteados por el llamado al multiculturalismo, así como el trabajo en los estudios científicos, ya han pasado a ser objeto de debate político público. Es posible que problemas planteados por algunos de los nuevos desarrollos que ocurren en la ciencia sean atrapados por contagio en el remolino político. Esto proporciona un motivo adicional para que los científicos sociales activos enfrenten los problemas y traten de impedir que las consideraciones políticas pasajeras (y apasionadas) invadan demasiado profundamente un proceso cuyas consecuencias son demasiado importantes para resolverlo con base en motivaciones electorales. Estados Unidos tiene una larga historia de experimentación estructural en los siste-

mas universitarios —la invención de las escuelas de posgrado a fines del siglo XIX, la modificación del sistema alemán de seminarios; la invención del sistema de materias de libre elección por los estudiantes, también a fines del siglo XIX; la invención de los consejos de investigación en ciencias sociales después de la primera guerra mundial; la invención de los requisitos de "cursos centrales" después de la primera guerra mundial; la invención de los estudios de área después de la segunda guerra mundial; la invención de los estudios de mujeres y los programas "étnicos" de muchos tipos en la década de 1970. No estamos tomando posición ni a favor ni en contra de ninguna de estas invenciones, sino simplemente utilizándolas para ilustrar el hecho de que en el sistema universitario estadunidense ha habido espacio para la experimentación. Es quizá la comunidad de ciencias sociales estadunidense la que pueda aportar, un vez más, soluciones creativas a los problemas organizacionales muy reales que hemos descrito.

En los países poscomunistas enfrentamos una situación en la que muchas de las estructuras anteriores se han desmantelado y algunas categorías universitarias han sido abandonadas. Las presiones financieras han sido tales que muchos estudiosos se han salido de las estructuras universitarias para continuar su trabajo. En consecuencia también allí parece haber bastante espacio para la experimentación. Desde luego existe el riesgo de que intenten adoptar en bloque las estructuras existentes en las universidades occidentales por la razón de que representan un futuro que es diferente de su propio pasado inmediato, sin reconocer las dificultades reales en que se encuentran los sistemas universitarios occidentales. Sin embargo, hay algunos signos de experimentación. Por ejemplo en la antigua Alemania Oriental, en la Universidad

Humboldt de Berlín, el departamento de historia ha sido el primero en Alemania, y quizá en Europa, que creó un subdepartamento de etnología europea, intentando dar a la llamada antropología histórica un *droit de cité* dentro de la historia. La antropología de la historia también ha pasado a ser una categoría formal dentro de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, ya no dentro de la historia sino al lado de ella, como su igual, tanto de la historia como de la antropología social. Al mismo tiempo, en una serie de universidades en diversas partes del mundo, la antropología física ha sido incorporada a la biología humana.

La Comunidad Europea ha dado una importancia considerable al fortalecimiento de los vínculos entre sus diversas universidades por medio de programas de intercambio y del estímulo a nuevos proyectos de investigación paneuropeos. Están tratando de enfrentar en forma creativa la cuestión de la multiplicidad de lenguas en el uso académico, y podemos esperar que las soluciones que encuentren restauren la riqueza lingüística de la actividad científica social y ofrezcan algunas respuestas a uno de los problemas planteados por la relación entre universalismo y particularismo. En la medida en que podrían crearse nuevas universidades con vocación específicamente europea (un ejemplo podría ser la Europa-Universität Viadrina en Frankfurt an Oder), existe la oportunidad de reestructurar las ciencias sociales sin tener el problema de transformar las estructuras organizativas existentes.

En África, el proceso de experimentación ya se ha iniciado. La actual situación africana, que en muchos aspectos parece terrible, también ha proporcionado una base para formas alternativas de estudio que no necesariamente reflejan los enfoques disciplinarios

adoptados en otras regiones del mundo. Buena parte de la investigación en torno a la evolución socioeconómica ha requerido que los métodos de investigación no sean fijos sino más bien abiertos para incluir nuevos conocimientos, y han estimulado los estudios que cortan transversalmente la división entre las ciencias sociales y naturales. También en otras partes del mundo no occidental ha habido experimentación. El mismo dilema de los recursos limitados y la falta de institucionalización profunda de las disciplinas de las ciencias sociales condujo, en los últimos treinta años, a la creación de las muy exitosas estructuras de investigación y docencia de FLACSO en toda América Latina, que han operado como instituciones parauniversitarias no amarradas a las categorías de conocimiento tradicionales.

La aparición de instituciones de investigación independientes en África y América Latina, aun cuando en número hasta ahora limitado, han creado un camino alternativo para emprender investigaciones. Uno de los rasgos interesantes de algunas de esas instituciones es que buscan unir la experiencia de las ciencias sociales y de las naturales, mostrando poco respeto por los límites disciplinarios. Además han llegado a ser importantes como fuentes de ideas para funcionarios gubernamentales. Esto mismo está ocurriendo ahora en los países poscomunistas y desde luego también ha ocurrido en los países occidentales. La Science Policy Research Unit de la Universidad de Sussex tiene un plan de estudios dividido en partes iguales entre las ciencias sociales y las ciencias naturales.

Si bien todavía no podemos estar seguros de que la incipiente investigación en ciencias sociales en estos nuevos marcos dé como resultado agrupamientos de conocimiento alternativos coherentes, se pue-

de afirmar que en algunas partes del mundo los antiguos paradigmas y las instituciones establecidas para salvaguardarlos, alimentarlos y protegerlos o nunca funcionaron realmente o se han desplomado. Por consiguiente, esas regiones no se metieron del todo en los viejos callejones intelectuales sin salida, y por lo tanto ahora son espacios relativamente más abiertos donde están surgiendo innovaciones intelectuales e institucionales. Esa tendencia autoorganizadora, al salir de situaciones relativamente caóticas, puede incitarnos a apoyar otras tendencias autoorganizadoras similares fuera de los caminos aceptados del sistema universitario mundial.

Nosotros no nos encontramos en un momento en que la estructura disciplinaria existente se haya derrumbado. Nos encontramos en un momento en el que ha sido cuestionada y están tratando de surgir estructuras rivales. Creemos que la tarea más urgente es que haya una discusión completa de los problemas subyacentes. Ésa es la función principal de este informe, alentar esa discusión y elaborar los problemas interconectados que se han presentado. Además, creemos que hay por lo menos cuatro clases de procesos estructurales que los administradores de estructuras de conocimiento de ciencia social (administradores de universidades, consejos de investigación en ciencias sociales, ministerios de educación y/o investigación, fundaciones educativas, UNESCO, organizaciones internacionales de ciencia social, etc.), podrían y deberían alentar, como caminos útiles hacia la clarificación intelectual y la eventual reestructuración más completa de las ciencias sociales:

1. *La expansión de instituciones, dentro de las universidades o aliadas con ellas, que agrupen estudiosos para trabajar en común y por un año en torno a puntos específicos*

urgentes. Ya existen, desde luego, pero en número demasiado limitado. Un modelo posible es el ZIF (Zentrum für interdisziplinäre Forschung) de la Universidad de Bielefeld, en Alemania, que viene haciendo esto desde la década de 1970. Entre los recientes temas para el próximo año de trabajo se han incluido el del cuerpo y el alma, los modelos sociológicos y biológicos de cambio y las utopías. Lo esencial es que esos grupos de investigación por un año se preparen cuidadosamente con anticipación y que recluten sus miembros con amplitud (en términos de disciplinas, geografía, zona cultural/lingüística y género) dando a la vez importancia a la coherencia de las visiones interiores para que el intercambio sea fructífero.

2. *El establecimiento de programas de investigación integrados dentro de las estructuras universitarias, cortando transversalmente las líneas tradicionales, con objetivos intelectuales concretos y fondos para periodos limitados (alrededor de cinco años).* Esto difiere de los centros de investigación tradicional que tienen vida ilimitada y son estructuras con fondos disponibles. La cualidad *ad hoc* de esos programas, que al menos durarán cinco años, sería un mecanismo de experimentación constante que, una vez presupuestado, liberaría de esa preocupación a los participantes. En la multitud de solicitudes de nuevos programas, en lugar de iniciar inmediatamente nuevos programas de enseñanza, quizá lo que se necesita es que se permita a los proponentes demostrar la utilidad y validez de sus enfoques mediante un programa de investigación de este tipo.

3. *Nombramiento conjunto obligatorio de los profesores.* Actualmente la norma es que los profesores pertenezcan a un departamento, normalmente aquel en el que

ellos mismos tienen un título avanzado. Ocasionalmente, y más o menos como concesión especial, algunos profesores tienen un "nombramiento conjunto" con un segundo departamento. En muchos casos se trata de una mera cortesía y no se espera que el profesor participe demasiado activamente en la vida del "segundo departamento" o "departamento secundario". Quisiéramos que esto se invirtiera por completo. Contemplamos una estructura universitaria en la que todos sean nombrados para dos departamentos, uno en el que tiene su título y un segundo en el que ha mostrado interés o hecho algún trabajo de importancia. Esto desde luego traería como resultado una variedad increíble de combinaciones diferentes. Además, a fin de asegurar que ningún departamento levantase barreras, crearíamos el requisito de que cada departamento tuviera por lo menos un 25 por ciento de sus miembros que no poseyeran título en esa disciplina. Si los profesores tienen pleno derecho en los dos departamentos, el debate intelectual dentro de cada departamento, los planes de estudio ofrecidos, los puntos de vista considerados plausibles o legítimos se transformarían como resultado de este sencillo mecanismo administrativo.

4. *Trabajo adjunto para estudiantes de posgrado.* La situación es igual para los estudiantes de posgrado que para los profesores. Normalmente trabajan en un departamento, y con frecuencia se evita activamente que hagan algún trabajo en un segundo departamento. Sólo en muy pocos departamentos, de muy pocas universidades, se le permite vagar por fuera a los estudiantes. Esto también quisiéramos invertirlo. Tal vez se podría hacer obligatorio que los estudiantes que preparan el doctorado en una disciplina determinada tomen cierto número de cursos, o hagan

cierto volumen de investigación en el campo definido de un segundo departamento. También esto daría como resultado una variedad increíble de combinaciones. Administrado en forma liberal, pero seria, también esto transformaría el presente y el futuro.

Las dos primeras recomendaciones que hemos formulado requerirían un compromiso financiero por parte de alguien, pero no deberían ser onerosas como porcentaje del gasto total en las ciencias sociales. Las recomendaciones tercera y cuarta no tendrán prácticamente ningún efecto sobre el presupuesto. No queremos que estas recomendaciones sean limitantes; queremos que impulsen movimientos en la dirección correcta. Indudablemente hay otros mecanismos que también pueden impulsar las cosas en ese sentido, y queremos recomendar a otros que los propongan. Lo más importante, repetimos, es que los problemas subyacentes se discutan con claridad, en forma abierta, inteligente y urgente.

Junio de 1995

impreso en programas educativos, s.a. de c.v.
calz. chabacano núm 65, local a
col. asturias, cp 06850
27 de febrero de 2006

Las ciencias sociales han padecido desde su nacimiento una definición y un estatuto ambiguos. Al principio parecía clara su distinción con respecto a las ciencias naturales, pero el desarrollo académico, por un lado, de las humanidades, y las crecientes implicaciones sociales de las disciplinas de la naturaleza, por el otro, hicieron borrosos sus límites disciplinarios. Al propio tiempo, el desarrollo impetuoso de las universidades en todo el mundo vino a hacer imperiosa una reflexión seria sobre la estructuración de las ciencias sociales.

A tal urgencia da respuesta este libro. Patrocinados por la Fundación Gulbenkian, diez eminentes académicos de diferentes países —seis de las ciencias sociales, dos de las humanidades y dos de las ciencias naturales— se vinieron reuniendo bajo la presidencia de Immanuel Wallerstein, desde julio de 1993. El resultado de sus deliberaciones es este informe compacto, serio, orientado hacia conclusiones concretas, que ponen sobre sus pies a las ciencias sociales en la víspera del nuevo milenio.

Los problemas eran y son considerables: jerarquía entre pasado y presente, entre universalismo y particularismo, entre enfoques ideográficos y nomotéticos; multiculturalismo, interdisciplinariedad, proliferación confusa de programas universitarios de investigación, escasez de recursos, implicaciones políticas, etcétera.

La función primordial del informe es la de extender la discusión a la mayor cantidad de ámbitos universitarios, debatir problemas locales subyacentes, elaborar con precisión los problemas interdisciplinarios, y sensibilizar al Estado y a las instituciones oficiales y privadas para el mantenimiento y desarrollo de investigaciones sociales urgentes, altamente redituables en los campos de la vida pública.

El libro se cierra con cuatro posiciones prácticas: 1] agrupamientos de estudiosos, por un año, con apadrinamiento institucional, en torno a puntos específicos apremiantes; 2] establecimiento de programas universitarios de investigación, con fondos para cinco años, cortando interdisciplinariamente las líneas tradicionales; 3] nombramientos de profesores en dos áreas o departamentos de estudios diferentes y 4] incorporación a los grupos de investigación de estudiantes de posgrado involucrados también en dos distintos campos académicos.







968-23-2012-7

